

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552) V CENTENARIO

Tras las huellas de
san Francisco Javier

La Virgen María
en la vida
de Javier

San Francisco
Javier, patrono
de las Misiones
y del Apostolado
de la Oración

Los verdaderos
amigos del Corazón
de Jesús (XXVI)

La resurrección
de Lázaro



«¡Qué descanso vivir muriendo
cada día por ir contra nuestro
propio querer, buscando no los
propios intereses sino los de
Jesucristo!»

Año LXIII- Núms. 896
Marzo 2006

San Francisco Javier: Goa,
20 de septiembre de 1542

Sumario

Los viajes de san Francisco Javier. Tras las huellas del Santo <i>Javier Jaurrieta, hnssc</i>	3
Itinerario espiritual de san Francisco Javier <i>José I. Aranguren Azparren</i>	10
La Virgen María en la vida de Javier <i>Santiago Arellano Librada, hnssc</i>	14
San Francisco Javier, patrono de las Misiones y del Apostolado de la Oración <i>Santiago Arellano Hernández</i>	17
San Francisco Javier, patrono de Navarra y misionero desde el cielo <i>Manuela Arraiza Jaurrieta y Rosario Jaurrieta Baleztena</i>	23
El mundo que conoció Javier <i>Elena Ibero Martínez y Juan Ramón Zabalegui Zabalegui</i>	27
Año Jubilar Javeriano <i>Miguel Ángel Ibero y María Luisa Gabás</i>	30
Contemplando la vida de Cristo. La resurrección de Lázaro <i>Ramón Gelpí</i>	33
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXVI). Luis XIV y su confesor, el padre La Chaise, se niegan a cumplir los encargos del Corazón de Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	35
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	39
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	40
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent y Santiago Alsina</i>	42
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	44
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

«**M**UCHAS veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en la Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad, para ponerse a fructificar con ellas... ¡Cuántos mil millones de gentiles se harían cristianos, si hubiera operarios que no busquen sus propios intereses, sino los de Jesucristo...! ¡Cuánto más consolados vivirían!»

La familia de CRISTIANDAD siente en su corazón que «nos urge la caridad de Cristo», queremos prender el mundo con el fuego del amor de Cristo y nos da pena no verlo ya ardiendo con aquel fuego que quemaba las entrañas y el corazón de san Francisco Javier tal como lo representa la iconografía cristiana.

Nos urge el amor de Cristo para ser esa legión de almas pequeñas que como una campana clama sin cesar, a tiempo y a destiempo, con humildad pero con la contundencia de la Verdad, que sólo en el Señor está la salvación. Y por esto, desconfiados de nuestras pobres fuerzas pero fortalecidos por el Corazón de Jesús tomamos parte en los arduos trabajos del Evangelio. «Sólo por Dios se pueden tolerar tantos trabajos... yo no cargaría con ellos ni un solo día por todo el mundo.»

A tiempo y a destiempo queremos clamar al mundo entero que sólo en Dios está nuestra confianza: «no tenemos en qué poder confiar ni esperar sino en Dios» para alertar que el demonio quiere extender el poder de su bandera invitando a todos los hombres a la codicia de bienes, de ahí al vano honor mundano para terminar en crecida soberbia. Males que ya veía nuestro santo y que en estos tiempos se agudizan con una osadía sin duda preternatural.

En este quinto centenario del nacimiento de san Francisco Javier (1506-1552) la Iglesia y con ella CRISTIANDAD quiere recordarnos que nuestra misión es extender el reino de Cristo, y que nuestro gozo es que todas las naciones conozcan a Jesucristo, vida y resurrección nuestra por el cual somos libres y nos salvamos.

Magnánimo en sus obras no se nos debe ocultar el espíritu del que brotaban: un corazón dócil al Padre Dios como el de un niño abandonado confiadamente a su Divina Misericordia. Esta perspectiva es la que han querido poner de relieve los romanos pontífices que han unido a santa Teresita del Niño Jesús y a san Francisco Javier en el patronazgo de las Misiones y del Apostolado de la Oración.

Que este número nos ayude a conocer y amar a san Francisco Javier a quien cuatro papas (Urbano VIII, Benedicto XIV, san Pío X, y Benedicto XV) han comparado, en su celo misionero, con los mismo apóstoles.

«*Más, Señor, más.*» Este gran deseo lo ponemos en el corazón de todos los lectores para que confiando en Dios, sumo y eterno capitán, hagan entrega y oblación de sí mismos para militar bajo su bandera, apoyados en la Señora, a la que dirigimos esa preciosa jaculatoria: «Señora, valedme, Señora ¿Pues no me habéis de valer?»

Tras las huellas del Santo

JAVIER JAURRIETA, HNSSC

«Preferir ser tomado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio y prudente en este mundo»¹

PODEMOS asomarnos a la vida de san Francisco Javier a través de su entrega incondicional al servicio de Dios bajo la bandera del Sumo y Eterno Capitán. Entrega que le llevó por todos los caminos del mundo a anunciar a Jesucristo: «en estos lugares cuando llegaba, bautizaba a todos los muchachos que no estaban bautizados, de manera que bauticé una gran multitud de infantes que no sabían distinguir la mano izquierda de la derecha. Cuando llegaba a esos lugares no me dejaban los muchachos ni rezar el oficio ni comer ni dormir si no que les enseñara algunas oraciones. Entonces comprendí por qué de los tales es el reino de los cielos»

San Francisco Javier nace el 7 de abril de 1506. Su infancia se desarrolla a la sombra del castillo de su familia y entre los acontecimientos políticos que enfrentan al reino de Navarra y a los reyes castellanos, que terminarán en la incorporación del viejo reino a la Corona de Castilla. La familia de san Francisco Javier se destaca de manera notable en la defensa de su reino, no en vano eran vecinos del monasterio de Leyre, lugar donde se educaba la nobleza y panteón de los reyes de Navarra. A los once años, Francisco vive inmerso en este ambiente y ve como se tienen que exiliar sus hermanos y como su castillo es derruido por el cardenal Cisneros para evitar nuevas resistencias.

Junto a este espíritu de lucha destaca en Francisco Javier la devoción que se vivía en el castillo. Esta devoción tenía tres ejes claros: el santo Cristo de la Sonrisa, encontrado oculto a los moros y venerado desde siglos en la capilla que todavía se conserva en el castillo; un cariño especial a la Virgen Santa María de Javier, venerada en la parroquia en la que to-

avía se conserva la pila bautismal donde fuera bautizado nuestro santo; y una gran veneración al arcángel san Miguel, especial protector del reino de Navarra.

Marcha a París

¿De qué te sirve ganar el mundo entero si pierdes tu alma?

A los 19 años marcha como estudiante a la universidad de París. Llegó hasta Pamplona y de allí a Fuenterrabía. Cruzó la frontera francesa, Burdeos, Poitiers, Tours, Orleans hasta llegar a divisar Montmartre. El Javier que marcha a París es un joven ambicioso de glorias humanas que ha conocido personalmente el sufrimiento y la ruina de la guerra.² Junto a este bagaje de mundanidad que anidaba en su corazón ambicioso encontramos un corazón piadoso que amaba tiernamente a la Virgen María y a Jesucristo, con una especial devoción a san Miguel arcángel, protector especial contra las batallas del infierno y al que estaba dedicada la torre principal de su castillo. Esta piedad se la transmitió su madre doña María de Azpilicueta y su hermana Magdalena, que llegó a ser dama de honor de la reina Isabel de Castilla y que había entrado monja en las Clarisas de Gandía dos años antes de que Javier naciera, llegando a ser abadesa de ese convento y muerta en olor de santidad.

En París se aloja en el colegio de Santa Bárbara³

3. El régimen del colegio de Santa Bárbara era el siguiente: a las 4 de la mañana un estudiante tocaba la campana para despertar a todos. Una hora más tarde se congregaban en el aula para la primera lección. Después de la Misa desayunaban y luego tenía lugar la clase principal del día. A las 11 comían profesores y estudiantes en el refectorio sirviendo los mismos estudiantes. La clase de la tarde era a las seis y a las nueve, el silencio, aunque los estudiantes encontraban muchas excusas para posponerlo. Los martes y jueves eran días de recreo y deporte. Los estudios académicos de Javier iban a durar doce años. Cf. José M^a Recondo, *San Francisco Javier*, Diputación Foral de Navarra, pág. 7.

1. Ejercicios Espirituales, núm. 167.

2. La guerra en la que su familia luchó por los reyes de Navarra contra Castilla en el año 1512 y que supuso la incorporación del reino de Navarra a Castilla en 1515. En esta guerra es donde encontró su conversión el capitán del ejército castellano Iñigo de Loyola cuando fue herido en el cerco de Pamplona por el ejército navarro-francés del cual era capitán Miguel de Jaso, padre de san Francisco Javier.

y sigue los estudios de filosofía junto con sus compañeros, entre los que destaca por su alegría y sus cualidades para el deporte. El ambiente de los estudiantes le aleja de la vida de piedad que había recibido en su casa, especialmente el ejemplo de un mal profesor que arrastraba a los jóvenes por el camino del pecado. Buen estudiante, Javier comenzó a gustar las efímeras glorias de este mundo.

Pero Dios no abandona a Javier; llega a compartir habitación con él un joven saboyano de corazón limpio y puro que había sido pastor de ovejas en los Alpes: Pedro Fabro. Fue siempre para Javier en su tiempo de estudiante un ejemplo y un espejo donde mirar la verdad de su conciencia. Entre estos dos estudiantes se entabla una amistad que durará para siempre.

En octubre de 1529 comenzó a convivir con Pedro y Francisco un estudiante llamado «el peregrino», natural de Loyola y cuyo nombre era Ignacio, personaje singular del que se decía que había estado de ermitaño en una cueva de Manresa, peregrino en Tierra Santa y estudiando en Alcalá y Salamanca con algunos problemas con la Inquisición. Por esta misma época Javier anda preocupado por lograr una canonjía en la catedral de Pamplona, dado que ya era clérigo de tonsura.

Es en estos momentos cuando Javier trata de asegurarse un futuro al estilo de su tío don Martín de Azpilicueta cuando entra en su vida el Sumo y Eterno Capitán por medio de Ignacio de Loyola: *¿De que te sirve ganar el mundo entero si pierdes tu alma?*

A la tenacidad apostólica de Ignacio sucumben uno tras otro sus discípulos: Laínez, Salmerón, Bobadilla, Simón Rodríguez, y hasta el mismo Fabro, que en 1533 acude a despedirse de sus padres para ponerse al servicio de Jesucristo bajo la dirección de Ignacio. Será el beato Fabro el primero que hace los cuarenta días de Ejercicios Espirituales bajo la guía de san Ignacio. A él le siguieron los demás. ¿Y Javier?

Javier ya había sido conquistado por Cristo pero por los estudios pospone sus Ejercicios hasta el verano de 1534 a los que Javier acudió después de haber hecho el día 15 de agosto en Montmartre con el resto de sus compañeros su consagración y votos privados de pobreza, castidad y obediencia, junto con el voto de peregrinar a Tierra Santa.

En otoño de 1536 estalló la guerra entre Carlos V y Francisco I, por lo que la estancia de los españoles en París dejó de ser favorable, y anticipa la realización del voto de peregrinar a Tierra Santa. El 13 de noviembre Francisco Javier, con sus ocho compañeros abandona la ciudad de París y se encamina hacia Venecia.

Camino de Venecia

«Mi voluntad es de conquistar toda la tierra y los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre. De modo que el que quiera seguirme trabaje conmigo para que siguiéndome en la pena me siga también en la gloria.»⁴

PUEDE el demonio tentar al hombre bajo capa de bien y así en el momento de abandonar París le llega a Francisco Javier la oferta, buscada por sus hermanos, de ser canónigo en la catedral de Pamplona.

Pero Javier sigue adelante y se pone en camino para Venecia. Con sus compañeros atraviesa la Alsacia y la Lorena. Llegan a Suiza, aquí a los peligros de la guerra sucedieron las grandes nieves. Llegan a Basilea, Constanza, San Galo y los desfiladeros del Tirol.

Llevaban traje de peregrinos, el rosario al cuello, rezaban, predicaban, discutían con los reformados calvinistas... después de dos meses llegan a Venecia, donde se encuentran con san Ignacio, al que san Francisco Javier llamará *«Verdadero padre mío»*

En Venecia están dos meses en los que Javier se dedica a cuidar enfermos en los hospitales, les limpia las llagas, hace de barrendero... hasta que ven necesario ir a Roma en busca del indulto de ordenación y del viaje a Tierra Santa.

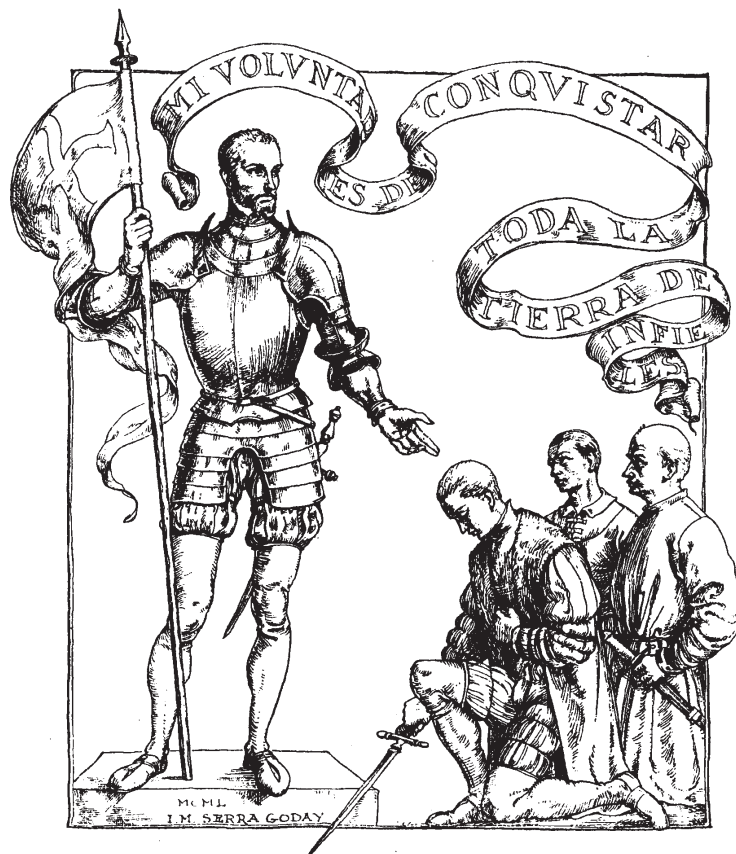
Camino de Roma tienen que atravesar el Po que baja desbordado; pasan por Loreto, donde está la casa de la Virgen, y en la que se detienen varios días para rezar y descansar. Al llegar a Roma les recibe Paulo III, que queda entusiasmado con estos hombres, con su formación y su celo. Les ayuda económicamente y les concede el indulto de ordenación, que san Francisco Javier recibió en Venecia.

Por esta época comienza el Señor a encender en Javier su fuego por las almas: una noche le oyen gritar «Más, Señor, más», y preguntado por qué gritaba responde que le pedía al Señor más trabajo en las misiones. Al mismo tiempo, se vuelve como una pesadilla el sueño que constantemente le ataca de verse cargado en las espaldas con un indio tan pesado que no podía con él.

Recién ordenado se retira cuarenta días de Ejercicios en Monselice, junto a Padua, con su compañero Salmerón, y en Vicenza celebra su primera Misa.

Mientras esperan la oportunidad de ir a Tierra Santa, Javier pasa por Bolonia, donde su padre había adquirido el doctorado, y al ver que por la gue-

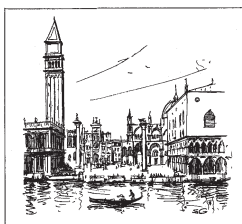
4. Ejercicios espirituales, núm. 97.



rra contra el turco desaparece la posibilidad de ir a Tierra Santa, Ignacio y sus compañeros se quedan trabajando por aquellos lugares. Javier se queda como secretario de san Ignacio en estos momentos en que va a nacer formalmente la Compañía de Jesús, el 27 de septiembre de 1540.

Estos hombres se dedican a «en todo amar y servir a su Divina Majestad» y por ello marchan allí donde ven que Dios les llama: Italia, Francia, España, Alemania... y tanto Carlos V como Juan III de Portugal les reclaman misioneros, bien para las tierras de Oriente o las Indias Occidentales.

El embajador de Portugal pide seis misioneros para las Indias a Ignacio, que sólo puede enviarle dos, entre los que no se halla san Francisco Javier. Los misioneros Simón Rodríguez y Nicolás de Bobadilla deciden partir el 16 de marzo, pero dos días antes Bobadilla cae enfermo y la misión no puede retardarse. Dios entrega a Javier esta misión que anhela su corazón enamorado de Cristo: «¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? Y en sus dulces coloquios con la Señora se entregaría a esta obra apostólica diciendo: «Tomad Señor y recibid...».



Viaje a Lisboa y primeras misiones

«Los que quieran más afectarse y señalarse en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no sólo ofrecerán sus personas al trabajo, mas aún, haciendo contra su amor carnal y mundano, harán ofrendas de mayor estima y momento diciendo: “Eterno Señor de todas las cosas: yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial que yo quiero, y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriendo Vuestra Santísima Majestad recibirme e tal vida y estado”»⁵

EN este año de 1540 Javier comienza su peregrinar para anunciar el Evangelio, como otro san Pablo. La caridad de Cristo agujereja su corazón y el fruto de este amor que hace arder su corazón son los más de ciento veinte mil kilómetros en once años de apostolado que recorre buscando hacer nuevos cristianos: «Confío en Dios nuestro Señor que este año haré más de cien mil cristianos, según hay mucha disposición en estas partes».

5. Ejercicios espirituales, núm. 98.

Camina desde Roma a Lisboa sin detenerse a pasar por su castillo de Navarra. En Lisboa son recibidos por el rey Juan II de Portugal, que les transmite su deseo de evangelizar sus tierras de las Indias. Pero mientras la nave *Santiago* se prepara para la travesía Javier y su compañero Simón Rodríguez no están parados sino que se dedican a predicar en la corte y a atender a los más necesitados de esa ciudad, hasta el punto de que piden a Ignacio retener a estos padres en la corte, cosa a la que san Ignacio accede sólo en parte y deja a Simón Rodríguez en Portugal mientras que Javier va a las Indias como nuncio apostólico. Le acompañan el padre Pablo, sacerdote italiano, y el joven Mansillas.

El 7 de abril de 1541 comienza la travesía en la que Javier convive con la tripulación, la asiste espiritualmente y se convierte en su enfermero ante las marejadas que sacuden el barco. Al llegar a la altura del ecuador se pudre el agua del barco y se desata la peste. El mismo Javier es contagiado, pero continúa atendiendo a los enfermos: «Mucho deseara escribir más largo, mas la enfermedad no lo sufre; hoy me sangraron por séptima vez, y hállome en mediana disposición. ¡Dios sea loado!». Sufren una calma de cuarenta días en el mar que va diezmando a la tripulación.

Cuando llegan a Mozambique desembarcan y Javier cura en un hospital, mas como no era ese su destino continúan, haciendo escala en Melinde, ciudad gobernada por musulmanes amigos de los portugueses, hasta la isla Socotora, en el África, donde Javier comienza a bautizar a los niños para abrirles las puertas del cielo.

Sin embargo, y aunque el trabajo en estas tierras prometía ser fecundo él tiene que seguir adelante a las Indias, a las que llega el 6 de mayo de 1546.

Llegada a Goa. Misiona la India y la Pesquería

«Ver cómo las tres personas divinas miraban la llanura o redondez de todo el mundo lleno de hombres, y cómo, viendo que todos descendían al infierno, determinan en su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar al género humano, y así al llegar la plenitud de los tiempos envían al ángel san Gabriel a Nuestra Señora.»⁶

«Y así pedir conocimiento interno del Señor que por mi se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.»⁷

GOA era la capital del imperio colonial de las Indias portuguesas, ciudad fastuosa de gran inmoralidad en la que habían confluído influencias de distintas religiones. La mayoría de los

occidentales vivían de manera inmoral, amancebados, con esclavos, etc.

Cuando Javier llega a Goa saluda al obispo de la ciudad, Juan de Albuquerque, y enseñándole las bulas papales que le nombraban nuncio apostólico de las Indias se pone a su servicio, rechaza su hospitalidad y se va a los hospitales a cuidar a los enfermos y confesarlos. Era tanto el trabajo de la confesión que escribía: «Eran tantos los que venían a confesarse que si estuviera en diez partes partido en todas ellas tuviera que confesar».

En esta ciudad «a la europea» Javier se da cuenta de que su labor apostólica no es tanto de predicar a los que no conocen a Cristo como de reconducir a los malos cristianos, y así se dedica a visitar a los amancebados, a invitar a los cristianos que envíen a sus hijos y esclavos a la catequesis, gritando a la par que tocaba una campanilla: «Fieles cristianos, amigos de Jesucristo, enviad vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros esclavos y vuestras esclavas a la doctrina cristiana, por el amor de Dios».

Visita las cárceles de Goa, «las más asquerosas y más sucias del mundo», y comienza la construcción del colegio de Santa Fe, un seminario que es semilla de esperanza para las Indias. Y después de cinco meses de estancia en Goa el nuncio de Su Santidad ve que tiene que partir para cumplir el encargo que le diera la Iglesia de misionar las Indias, la inmensa diócesis de Goa que comenzaba en Ormuz y terminaba en las Molucas.

La labor de san Francisco Javier ha perdurado en Goa, y la Compañía de Jesús desde allí siguió enviando misioneros durante dos siglos: desde allí fueron hasta el Tíbet con el padre Andrade (1624), fundaron la misión de Maduré en la Pesquería en 1606, evangelizaron Birmania, Bengala, Ceilán, Malaca, las Molucas, Japón, Siam, Conchinchina, Tomquim... entraron al final en la China, Madagascar...

San Francisco Javier se da cuenta de que su misión va más allá de la gran Goa y con el corazón puesto en la Virgen María a la que repetía constantemente su jaculatoria preferida: «Señora, valedme, Señora ¡Pues no me habéis de valer!» y en su querida Compañía de Jesús, especialmente a su padre Ignacio: «Así acabo sin poder acabar de escribir el gran amor que os tengo a todos en general y en particular; y si los corazones de los que en Cristo se aman se pudiesen ver en esta presente vida, creed, hermanos míos carísimos, que en el mío os veríais claramente... ruegos mucho que entre vosotros haya un verdadero amor, no dejando nacer amarguras de ánimo. Convertid parte de vuestros fervores en amaros los unos a los otros, y parte de los deseos de padecer

6. Ejercicios espirituales, núm. 102.

7. Ejercicios espirituales, núm. 104.

por Cristo en padecer por su amor, venciendo en vosotros todas las repugnancias que no dejan crecer ese amor, pues sabéis que dijo Cristo que esto conoce a los suyos, si se amaren los unos a los otros...» parte hacia las costas de la Pesquería y llega hasta la isa de santo Tomé donde según la tradición reposan los restos del apóstol que tocó el Corazón de Cristo, en total unos mil kilómetros.

Javier se dedica a recorrer las islas y los caminos de aquellos lugares acompañado de tres jóvenes que le traducen al malavar las oraciones, el Credo y los mandamientos. Más tarde, solo y andando, expuesto al sol y a la lluvia, por la arena de las playas o por los montes de las costas, con su crucifijo y su rosario, busca a los indios para hacerlos cristianos. Era tanto el trabajo que Javier exclama: «Sólo por Dios se pueden tolerar tantos trabajos... yo no cargaría con ellos ni un solo día por todo el mundo».

Se encuentra por aquellos lugares de pescadores de perlas unas gentes que de religión sólo sabían decir que eran bautizados y se dedicaban a adorar sus pequeños ídolos esperando que ellos les protegieran de los que, presos de avaricia, tanto occidentales como orientales, les atacan para quedarse con sus perlas.

San Francisco Javier va a atraerse a los niños que acudirán como siempre al toque de su campanilla y al reclamo de su rosario; a ellos será a los que encargue la destrucción de los ídolos de sus padres. Los niños se los traían al santo que delante de la gente los rompía y así mostraba la omnipotencia de Dios cumpliendo aquello del salmo: «Sus ídolos en cambio, son plata y oro, hechura de manos humanas, tienen boca y no hablan, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas».

Comenzó una tarea de gigante, bautizaba por cientos, hasta que el brazo se le cansaba de bautizar, de todas partes le llamaban para visitar enfermos, consolar tristes, acompañar moribundos... Sus deseos van más allá de sus posibilidades y el amor del Señor le arrastra hasta los más necesitados, es aquí donde se prodigan sus milagros, curaciones, resurrección de muertos... y hasta los niños hacían milagros en su nombre: donde no podía llegar enviaba a sus niños con el encargo de recitar oraciones y los enfermos eran sanados...

¡Si hubiera más misioneros! Javier deja que el celo de Dios encienda su corazón y así escribe a la Sorbona de París: «Muchas veces me vienen pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como de hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos...».

Ceilán, donde el rey había mandado degollar a seiscientos cristianos, es el siguiente paso de Javier. Allí continúa sus trabajos apostólicos dejando comunidades atendidas por catequistas y recordando al rey de Portugal su obligación de pagar los sueldos de estos cristianos.

Continúan los trabajos de este gran apóstol, y como otro san Pablo, pasa naufragios, noches sin dormir y días sin comer, flagelaciones y sufrimientos, se enfrenta a reyes y poderosos con la sola confianza de su crucifijo y su rosario, como en aquella ocasión en cabo Comodín cuando los indios badagas luchaban contra sus cristianos diezmándolos, cogiéndoles como prisioneros y expulsándolos de sus casas. Javier manda a todos refugiarse y el solo con su Cristo saliendo al encuentro de sus enemigos aleja el azote de la guerra.

Al llegar a Malaca lo primero que hace es buscar a sus niños. No había estado nunca allí y al verlos, de modo milagroso les va llamando a cada uno por su nombre. Éstos como en otras partes le ayudan luego en la evangelización. Sigue predicando al son de su campanilla, hace exorcismos para echar demonios y recorre más de tres mil kilómetros por entre aquellos islotes que la Santa Iglesia le había encargado evangelizar. Es en estos islotes donde le ataca una tempestad monstruosa en la que el santo, poniendo su confianza en Dios omnipotente y a modo de súplica, ata su querido crucifijo en una cuerda y lo arroja al mar. Ciertamente, la tempestad se calmó pero por la violencia de las olas la cuerda se rompe y el crucifijo se pierde en el mar con gran desolación de san Francisco Javier. Al llegar a otra isla se encuentra con un cangrejo que salido del mar lleva en sus pinzas y deposita ante el santo su querido crucifijo, compañero inseparable de sus correrías apostólicas.

Evangeliza la zona de los amboinos, salvajes antropófagos que se comían los muertos y celebraban las fiestas comiéndose a los ancianos y a los enemigos muertos en los combates. Por miedo a los musulmanes vivían en las cuevas de las montañas, a donde san Francisco Javier va a buscarlos, y los evangeliza de verdad. Al mismo tiempo, continúa atendiendo a los comerciantes y portugueses en su capilla con confesiones y comuniones frecuentes.

De allí a las islas del Moro, después a Ternate, isla volcánica de gente muy supersticiosa en la que el Señor le daría enormes consolaciones espirituales, y siempre movido por servir en todo a su Divina Majestad: «Yo por la necesidad que tienen estos cristianos de las islas del Moro de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus almas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer la espiritual del prójimo me

determino ir a las islas del Moro, por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios Nuestro Señor».

Después de tres meses en las islas parte de nuevo para Malaca y Goa. En 1548 san Francisco Javier tiene noticias de la buena disposición natural que los habitantes del Japón parecen tener hacia la Verdad y así, movido por una inspiración de Dios, se decide a misionar aquellas tierras.

Misión en Japón

«Es de notar que cuando nosotros sentimos afecto a las riquezas o repugnancia contra la pobreza actual, cuando no estamos indiferentes a pobreza o a riqueza, ayuda mucho para extinguir ese afecto desordenado pedir en los coloquios, aunque sea contra la inclinación natural, que el Señor le elija en pobreza actual; y que él lo quiere, pide y suplica, con tal que sea servicio y alabanza de su divina Majestad»⁸

CUANDO san Francisco Javier ve que el Señor le llama al Japón afirma que «le temblaban las carnes al pensar los trances que le esperaban», pero está persuadido que eso es lo que pide el Señor y así se lo comunica al rey de Portugal: «Señor: habiendo oído, y muchas veces, atentamente considerado las muchas y admirables cosas que personas dignas de toda fe... nos dicen acerca de la excelente disposición que para abrazar nuestra santa religión muestran las islas del Japón, creí deber mío pedir, intensa e incesantemente, a Dios Nuestro Señor me hiciese sentir internamente con divinas señales, si era su santísima voluntad me encaminase yo a aquellas remotas tierras... estoy completamente persuadido, y así lo siento en el alma, que mi ida a Japón será para gloria y servicio de Dios... me embarqué en la India, para seguir la vocación cierta del Señor, que con frecuentes y vehementes impulsos me mueve a emprender este camino».

El día 15 de agosto de 1549 llega a las costas del Japón, a Kangoshima, ciudad pequeña donde pronto comienza a tener fama el nuevo «bonzo» extranjero. Esto le lleva hasta el rey de la ciudad, que por interés de comerciar con Portugal, es benévolo con las nuevas doctrinas, pero al ver que los portugueses no respondían a este interés económico se enemista con Javier y la nueva religión.

8. Ejercicios espirituales, núm. 157.

Desde allí pasan a Yamaguchi, ciudad con más de cien monasterios budistas que marcaban el ritmo de la vida en la localidad. En esta ciudad Javier pone su corazón y su esperanza y así escribe a san Ignacio: «porque la tierra de Japón es muy dispuesta para perpetuar la cristiandad entre ellos, todos los trabajos que se toman son bien empleados... porque de todas tierras descubiertas de estas partes, sola la gente de Japón está para en ella se perpetuar la cristiandad». Y quizá por eso comienza su predicación pasando todo oprobio y menosprecio, con infinita paciencia va repitiendo las verdades de la fe comenzando por Dios creador...

Con el tiempo, en 1550 van a ver al rey, que muestra interés por los extranjeros, y allí Javier predica el Evangelio y con rotundidad condena los pecados contra natura y el de idolatría, diciendo que quien tales hace es peor que los perros y los puercos... Cuando el rey parecía que enfurecido les iba a cortar la cabeza se levantó en silencio y se marchó. Al salir los misioneros del palacio fueron recibidos a pedradas. Por ello san Francisco Javier escribe a san Ignacio sobre los futuros misioneros del Japón: «... y los que fueran han de ser muy perseguidos; porque han de ir contra todas sus sectas... Y han de tener paciencia principalmente cuando dijeren que no pueden sacar las almas de los infiernos, porque de esto viven (los bonzos) prohibiendo el pecado contra natura tan general entre ellos... han de ser más perseguidos que lo que muchos piensan, han de pasar grandes fríos... no hay que comer sino arroz... No es tierra para hombres viejos, por causa de los muchos trabajos, ni para muy mozos...»

San Francisco Javier no se desanima sino que concibe el deseo de ir a la capital del Imperio japonés para obtener permiso del emperador de poder predicar la doctrina de Cristo y así marcha camino de Meaco, cuatrocientos kilómetros andando entre nieve, por las montañas, soportando días sin comer, con los pies ensangrentados que dejaban huellas rojas en la blanca nieve de los montes, y siempre con el gozo y la alegría de entregar la vida por Cristo.

Al llegar a la capital del Imperio, Javier siente una profunda decepción, ya que en la ciudad halla la guerra entre facciones de los naturales del país y por su aspecto pobre y andrajoso no es recibido por el emperador. Sabe que tiene que volver a Yamaguchi con la intención de regresar a Meaco, esta vez no como pobre andrajoso sino en su esplendor como representante del rey de Portugal y nuncio del Papa.

El Santo le presentó los regalos: un clavicordio o caja de música; un reloj que daba las horas; un arcabuz de tres cañones; dos pares de gafas, con las que veían los viejos; un hermoso espejo; jarros de cris-

tal; ricos paños, y vino de Portugal. El rey se alegró mucho y quiso darle regalos de oro y plata, que el Santo rehusó. Solamente le pedía permiso para predicar la ley de Dios, cosa que le fue concedida. Les dejó también un templo antiguo.

A partir de este momento comienza su siembra en el Japón, paso a paso, alma a alma, con grandes dificultades y testimonios martiriales de amor a Jesucristo, consiguieron unas dos mil conversiones, de gente que luego se dedica a ser apóstol entre sus hermanos, como el hermano Lorenzo, saltimbanqui y especie de trovador de aquellas tierras, tuerto y muy simpático al que Javier recibe como hermano coadjutor jesuita y que durante treinta años será gran apóstol de aquellas tierras.

Es llamado por el rey de Bungo para predicar el Evangelio y reúne una comunidad de siete mil cristianos, los que después de trescientos años seguirán siendo fieles a la fe, reflejada principalmente en la fidelidad al anciano de Roma, a pesar de todas las persecuciones y martirios a los que fueron sometidos.

Después de dejar establecida la Iglesia jerárquica en las tierras misionadas regresa hacia Goa, a la que llega en 1552, pero en su corazón ardiente tiene ya el deseo de ir a la China a enseñar la verdad a aquellos grandes sabios: «La China es una tierra muy grandísima, pacífica y gobernada por grandes leyes, hay un solo rey y es en grande manera obedecido... Estos chinos son muy ingeniosos y dados a estudios, principalmente de las leyes humanas de gobernación de la república; son muy deseosos de saber...»

Viaje a China y muerte de Javier

«Tomad Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia que esta me basta»⁹

EN 1552 Javier desembarca en la isla de Sanción, a sólo diez kilómetros de la China, con su corazón viendo ya ese inmenso campo apostólico. En esa isla los portugueses comerciaban con los contrabandistas chinos, ya que les estaba prohibido que llegaran hasta las costas. Allí Javier no encuentra nadie que quiera llevarle al

continente, ya que estaba condenado a muerte este acto. Al final encuentra un contrabandista que consiente en llevarle a la China.

Los portugueses que se hallan en la isla poco a poco la van abandonando, ante las inclemencias del tiempo, sólo queda un barco en la bahía y en tierra, en una mísera choza de paja san Francisco Javier con dos compañeros: Antonio el Chino, y Cristóbal el Malabar.

El enlace con el continente no llega, el mal tiempo arrecia y Javier pasa las horas en calma poniendo su corazón en el Señor. Por los fríos y la falta de comida Javier enferma de una pulmonía gravísima, es trasladado al barco portugués pero no aguanta el bamboleo de las olas y tiene que desembarcar con un poco más de abrigo y unas almendras como comida. Es sangrado para bajarle la fiebre y pierde el conocimiento. Ya comienza su agonía.

Con fervor y entre los espasmos de la fiebre se le oía exclamar: «Madre de Dios, ten misericordia de mí... Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí». Y viendo junto a él a Cristóbal el Malabar, viendo su apostasía le decía «Ay, triste de ti. Ay, triste de ti», como en efecto ocurriría.

«En cuanto vi esto –dice Antonio– me pareció que Nuestro Señor se lo quería llevar presto; y me preparé para velarle aquella noche del viernes al sábado. Y velándole yo toda la noche, y estando él con los ojos puestos en su crucifijo, al romper el alba víle hacer un movimiento extraño; y poniéndole una candela en la mano, estando yo solo con él, se durmió en el Señor».

Era el alba del 3 de diciembre de 1552 en la isla de Sanción, viendo la China a diez kilómetros, a los 46 años de edad después de haber recorrido más de ciento veinte mil kilómetros anunciando a Jesucristo, se encuentra Javier con su amado Señor. Y en ese momento, allí en Navarra, el dulce Cristo de la Sonrisa, sudó sangre con la agonía de su fiel discípulo. Su cuerpo fue enterrado en un primer momento en la misma isla y en el entierro sólo estuvo presente el fiel Antonio, ya que los demás no acudieron por el frío. Lo enterraron envuelto en cal para que antes se pudriese la carne y poder llevar sólo los huesos en el barco, pero al salir hacia Goa los portugueses observan que el cuerpo está fresco e incorrupto como el de un niño. Con lo que en un ataúd preparado al efecto lo llevan a Goa, donde actualmente reposa el cuerpo del santo.

Francisco Javier fue canonizado por Gregorio XV el 12 de marzo de 1622 y san Pío X le nombró patrono general de las Misiones, patronazgo que comparte con santa Teresita del Niño Jesús.

9. Ejercicios espirituales, núm. 234.

Itinerario espiritual de san Francisco Javier¹

JOSÉ I. ARANGUREN AZPARREN

Una de las cosas que nos da mucha consolación y esperanza muy crecida, que Dios Nuestro Señor nos ha de hacer merced, es un entero conocimiento que de nosotros tenemos, que todas las cosas necesarias para un oficio de manifestar la fe de Jesucristo, vemos que nos faltan; y siendo así que lo que hacemos sólo es por servir a Dios Nuestro Señor, créscenos siempre esperanza y confianza, que Dios Nuestro Señor para su servicio y gloria nos ha de dar abundantísimamente en su tiempo todo lo necesario (1 de enero de 1542).

SAN Francisco Javier continúa siendo, después de san Pablo, el prototipo de la vida del misionero: el deseo apasionado de llevar la luz de Cristo a quienes no han recibido aún la Buena Noticia. Esta epopeya logra incluso poner de manifiesto, en el combate interior librado por Javier, el verdadero sentido y la naturaleza del apostolado en misión: las barreras que separan las civilizaciones ceden solamente ante hombres espirituales en los que la gracia triunfa sobre el pecado. Tal es el significado de este itinerario místico; es el propio de todo misionero y de todo cristiano. Francisco Javier permanece en el corazón de los cristianos, porque hace revivir ante sus ojos el misterio mismo de Jesucristo, nuestro Redentor y Señor.

Las etapas del itinerario

LA obra de Dios en el modelado de su apóstol gira en torno a tres de sus partidas: de París, de Lisboa y de Santo Tomás de Meliapur. A ellas corresponden purificaciones cada vez más intensas hasta la última que llega a la meta final: el cielo. Estas partidas a tierras lejanas parecen decisivas tanto en la evolución íntima de Francisco Javier como en su apostolado; sobre ellas, se divide en tres etapas su verdadero itinerario.

La primera etapa se caracteriza por su despertar a la vida apostólica. En 1533 arranca Dios a su elegido de una existencia demasiado humana; no lo envía inmediatamente a otros continentes, pero en el secreto de la noche le revela y le comunica su amor apasionado por las almas. Durante siete largos años

le enseña, con pruebas gradualmente escalonadas, a reconocer en cualquier circunstancia su rostro paternal, a darse sin reservas a los que acuden a él; le muestra en una comunidad privilegiada –la Compañía de Jesús– el verdadero rostro de la Iglesia.

El ideal así fijado se transforma en exigencia real a lo largo de la segunda etapa, es decir, desde 1541: Cristo, por medio de su Vicario, le envía en misión oficial como nuncio apostólico a las tierras de Oriente. El apóstol de Cristo vive a imagen de su Señor, que siendo rico se hizo pobre, se humilló haciéndose siervo de todos, sufrió para ser fiel a Dios y a los hombres.

Finalmente, en 1545, empujado por el Espíritu, sale Francisco Javier de las Indias para las lejanas tierras del Extremo Oriente.

El hombre de deseos que nace en el momento de la conversión se expande bajo la inmensidad de los cielos y se transforma en hombre del Espíritu; el hombre de oración, en lucha con el mundo y con el Maligno, va ahondando continuamente más y más en el abismo de su miseria y se apoya cada vez con mayor firmeza en la roca de Dios; el hombre pasado por el crisol de la prueba tiene que arrostrar obstáculos cada vez más formidables. Siempre es el Señor quien actúa para que la semilla ya sembrada madure y dé fruto.

Los trabajos que la confianza debe soportar a lo largo de la segunda etapa, iluminan las pequeñas pruebas de los santos deseos: Francisco Javier se transforma en maestro de la vida espiritual cuando indica a los jóvenes, a la luz de las experiencias que ha vivido, el sentido de sus dificultades y les explica el papel de la pobreza o los sufrimientos.

Por lo que hace al mismo Francisco Javier, es en la tercera etapa cuando llega a tener perfecta conciencia de la confianza en Dios; la soledad le hace comprender el significado de las podas sucesivas hechas por el Señor, ve claramente la acción del demonio en el origen de las innumerables contradicciones soportadas anteriormente.

La lucha tiene lugar no tanto entre el apóstol y los hombres cuanto entre el pecador y la gracia; así llega a descubrir él la ley que gobierna la vida apostólica: el misterio de Pascua. Todas las purificaciones precedentes, los santos deseos, los afectos sensibles, la inmolación total, no son más que fases concretas del misterio de asimilación del apóstol a Cristo salvador.

Por tanto, el itinerario seguido no es tanto el de la conquista del mundo por el apóstol cuanto el de la

1. Xavier Léon-Dufour, *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol*, Ed. Mensajero-Sal Terrae, 1988.

conquista del apóstol por Dios; mejor dicho, a través de la conquista del mundo el apóstol se deja conquistar por Dios. Los hombres ven actuar a un hombre, pero el que actúa es Dios solo. El primero en rebelarse sería sin duda alguna el mismo Francisco Javier si nos limitáramos tan sólo a contemplar las proezas de un héroe: ¡Dios es admirable en sus santos!

¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero?

IGNACIO, en París, no cesaba de recordar a Javier las palabras del Señor: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mt 16,26)». Es la palabra desnuda de Dios la que por la voz de Ignacio penetra viva hasta lo íntimo de su espíritu.

Un año después de su conversión (1533), hace los Ejercicios Espirituales. En ellos oye preciso y tajante el llamamiento del Rey: el Salvador saca del fango del pecado a su elegido y lo consagra a su servicio. Ahora ha encontrado Javier su razón de ser: toda su actividad será guiada por el deseo de dar a Dios la mayor gloria posible, y su única preocupación será determinar dónde puede él servir más a Dios nuestro Señor.

Javier ha visto claro en su interior, pero no conoce el destino definitivo que le tiene reservado el Señor. Cuando se guiaba por su ambición, era él quien construía sus planes; como apóstol, debe caminar sin saber a punto fijo adonde es llevado. Íñigo y sus compañeros sueñan con ir a Jerusalén a combatir a los infieles, pero no saben lo que les reserva el porvenir. La luz brilla en sus corazones, pero se halla envuelto en tinieblas el camino por el cual van avanzando paso a paso sin saber otra cosa sino que ese camino lleva al corazón de Dios. Así Francisco Javier estaba viviendo lo que más tarde debía aconsejar a sus novicios:

Y acordaos siempre que en más tiene Dios una buena voluntad llena de humildad con que los hombres se ofrecen a Él, haciendo oblación de sus vidas por sólo su amor y gloria, de lo que precia y estima los servicios que le hacen, por muchos que sean (5 de noviembre de 1549).

Sin una radical «indiferencia» a todo rendimiento exterior de la existencia, nada agrada a Dios. El gran apóstol de las Indias y del Japón puede asentar estos principios sin peligro de ser mal entendido; lo puede él, sobre todo, porque ha experimentado en sí mismo la muerte del «hombre viejo» (Rom 6,6), ese ídola que desviaba en provecho propio las riquezas divinas de su ser, porque precisamente en ese momento ha visto nacer en sí un hombre nuevo. En medio de estas ruinas aparentes emerge la figura del Señor

y con él renace, transfigurado, su temperamento. El ambicioso Francisco Javier va a transformarse en hombre de deseos y de profunda oración, como se decía de él en Bolonia después de su paso por aquella ciudad. En el desierto de la oración, no hay horizonte que limite la presencia de Dios: los deseos místicos son los deseos de Dios mismo.

El contagio del gozo

EN las peores privaciones ha experimentado alegría. A lo largo de toda su vida esta alegría va ganando en profundidad, y al fin termina por tener sus raíces en capas tan hondas que ya no hay nada que la pueda turbar. Contentémonos ahora con recordar los patéticos llamamientos que hacía a los cristianos de Europa. No solamente promete ampliar las fronteras de la Iglesia y aumentar el número de sus fieles, llevar la guerra adonde están los demonios y sus adoradores, sino también les asegura lo que le es personal e hizo tanta impresión a los lectores de sus inflamadas cartas: la alegría.

Al contrario del placer, que no puede irradiar a través del hombre ávido de él, la alegría es contagiosa; tiene las dimensiones del mundo, no se agota sino que se enriquece cuando se entrega toda entera. El entusiasmo de Francisco Javier es inagotable, porque habla por experiencia, él sabe qué es lo que promete: son lágrimas de alegría, de esa alegría que impresionaba a los que le veían. No puede menos de comunicársela a todos sus hermanos, los hombres; siente deseos de proclamarla a voz en grito en las universidades más famosas de la Cristiandad. La carta describe los maravillosos resultados de su trabajo de evangelización entre los paravas en la costa india. Citamos el pasaje de la llamada a los doctores:

«Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡Cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y Ejercicios Espirituales para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: «Señor, aquí estoy, ¿Qué quieres que yo haga? Envíame donde quieras, y si conviene, aun a los indios». Cuánto más consolados vivirían y con gran esperanza de la misericordia divina a la hora de la muerte,

cuando entrarían en el particular juicio del cual ninguno puede escapar, alegando por sí: «Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí cinco más que he ganado por ellos.

»Témome que muchos de los que estudian en universidades, estudian más para con las letras alcanzar dignidades, beneficios, obispados, que con deseo de conformarse con la necesidad que las dignidades y estados eclesiásticos requieren. Está en costumbre decir los que estudian: “Deseo saber letras para alcanzar algún beneficio o dignidad eclesiástica con ellas, y después con tal dignidad servir a Dios”. De manera que según sus desordenadas afecciones hacen sus elecciones, temiéndose que Dios no quiera lo que ellos quieren, no consintiendo las desordenadas afecciones dejar en la voluntad de Dios nuestro Señor esta elección» (septiembre de 1544).

Al servicio del prójimo

PARA comunicar al prójimo la luz y el amor de Cristo, ha de revivir él mismo los misterios de la Encarnación y Redención que son misterios de amor. Francisco Javier, apóstol hasta la médula, solía repetir a sus colaboradores: *¡es necesario amar!* Cuando se intenta atraer a las almas, se requiere un amor muy grande para triunfar de los obstáculos que opone un mundo hostil; todavía mayor es el que se requiere para penetrar en el corazón del prójimo y poner allí de manifiesto por su presencia el rostro de Cristo escondido bajo las ruinas de la ignorancia y el pecado.

El Hijo de Dios, viniendo a vivir con los hombres para poner así de manifiesto su amor infinito, parece que habría podido recibir amor por amor; pero había venido a habitar con los pecadores y, por su amor, debía cargar con sus pecados. Habiéndose hecho semejante al hombre, pero sin llegar por eso a ser pecador «fue hecho pecado» (2 Cor 5,21); debía, por consiguiente, morir al pecado que había tomado sobre sí (Rom 6,10). De la misma manera, el apóstol en el curso de la aventura que le conduce al corazón de su prójimo se encuentra con una zona pecadora; no entra en ella, pero no la puede abordar sin quedar él mismo abrasado. Mientras no haya sufrido a causa de su amor, de un amor que no puede menos de existir y que sobrevive a todas las ingratitudes, no ha penetrado en el secreto del amor. No basta prodigarse sin contar o trabajar sin buscar el descanso, ni es suficiente sufrir a causa del sufrimiento del prójimo; es menester además sufrir por parte del prójimo.

Puesto por el Señor en la escuela de la paciencia, Francisco Javier la recomienda con frecuencia en sus cartas:

«Ruégoos mucho que con esa gente os hayáis como se ha un buen padre con malos hijos. No os

canséis por muchos males que veáis, porque Dios a quien tantas ofensas hacen, no los mata, pudiéndolos matar, no los deja desamparados de todo lo necesario para su mantenimiento, pudiendo quitarles las cosas con que se mantienen. No os canséis, porque más fruto hacéis del que pensáis, y si no hacéis todo lo que queréis, contentaos con el que hacéis, pues la culpa no es vuestra» (14 de marzo de 1544).

Este itinerario, calcado sobre el que siguió Cristo, ilustra la naturaleza del apostolado. El enviado del Señor, lejos de quedar envuelto en puras tinieblas, va de victoria en victoria, repleto de la consolación que le viene de Cristo viviente. Si Francisco Javier exige del apóstol que sea amado por el prójimo, es porque ve en su trabajo la obra de Dios y no la del hombre. El apóstol desea ardientemente, movido como está por el amor a Cristo, penetrar en el secreto del santuario de su prójimo. Ganarle significa despertar en él el amor a Cristo, significa también hacer brotar un sentimiento de amor hacia el apóstol.

Una confianza sin límites

FRANCISCO Javier está ya preparado para la última aventura: primero ha dejado Europa, ahora debe abandonar la India.

Al dejar la India para trasladarse a regiones en las que sólo el Espíritu Santo le puede acompañar, Francisco Javier entra en las simas profundas de la confianza. En adelante no muestra ya el camino por el cual el Señor lo conduce, porque lo que es obra exclusiva del Señor no se puede expresar con palabras; sin embargo, las experiencias de ahora iluminan retrospectivamente el tiempo pasado.

«En muchos peligros me vi en este viaje del cabo de Comodín para Malaca y Maluco, así entre tormentas del mar, como entre enemigos (...) Quiso Dios Nuestro Señor en estos peligros probarnos y darnos a conocer para cuánto somos, si en nuestras fuerzas esperamos, o en cosas criadas confiamos; y para cuánto cuando de estas falsas esperanzas salimos, desconfiando de ellas, esperando en el Criador de todas las cosas en cuya mano está hacernos fuertes, cuando los peligros por su amor son recibidos. Y tomándolos por sólo su amor, creen sin dudar los que se hallan en ellos, que todo lo criado está a obediencia del Criador, conociendo claramente que son mayores las consolaciones en tal tiempo que los temores de la muerte, dado que el hombre acabase sus días (...) para no cansar en servir a tan buen Señor, así en lo presente como en lo por venir, esperando en el Señor, cuyas misericordias no tienen fin, que le dará fuerzas para lo servir» (10 de mayo de 1546).

Hemos llegado hasta el corazón de Francisco Javier. La confianza en Dios debe ser absoluta sin mezcla alguna de lo humano; ella sola es suficiente para

mantenerle fiel en el transcurso de la noche, por oscura que ésta sea. Entonces brota la luz purísima de Dios en el fondo del alma, y la alegría.

Camino de Japón

«**G**RANDE es la consolación que llevamos en ver que Dios Nuestro Señor ve las intenciones, voluntades y fines por que vamos a Japón. Y pues nuestra ida es solamente para que las imágenes de Dios conozcan a su Criador, y el Criador sea glorificado por las criaturas que a su imagen y semejanza crió, y para que los límites de la santa Madre Iglesia, esposa de Jesucristo, sean acrecentados, vamos muy confiados que tendrá buen suceso nuestro viaje. Dos cosas nos ayudan a los que en este viaje vamos, para vencer los muchos impedimentos que el demonio pone por su parte: la primera es ver que Dios sabe nuestras intenciones; la segunda, ver que todas las criaturas dependen de la voluntad de Dios, y que no pueden hacer cosa sin permitirlo Dios. Hasta los demonios están a obediencia de Dios, porque el enemigo cuando quería hacer mal a Job, pedía licencia a Dios.

Esto digo por los muchos trabajos y peligros de muerte corporal en que andamos metidos con tantos riesgos en estas partes. Este viaje a Japón es muy peligroso, de grandes tempestades, de muchos bajos y de muchos ladrones, principalmente de tempestades, porque cuando de un puerto de estas partes parten tres navíos, y van los dos a salvamento, es grande acierto.

Mucha diferencia hay del que confía en Dios teniendo todo lo necesario al que confía en Dios sin tener ninguna cosa, privándose de lo necesario, pudiéndolo tener, por más imitar a Cristo. Y así mucha diferencia hay de los que tienen fe, esperanza y confianza en Dios, fuera de los peligros de muerte, a los que tienen fe, esperanza y confianza en Dios, cuando por su amor y servicio, de voluntad se ponen en peligros casi evidentes de la muerte, pudiéndolos evitar si quisieren, pues queda en su libertad dejarlos o tomarlos. Paréceme que los que en peligros continuos de muerte vivieren, solamente por servir a Dios, sin otro respeto ni fin, que en poco tiempo les vendrá aborrecer la vida y desear la muerte, para vivir y reinar para siempre con Dios en los cielos, pues ésta no es vida, sino una continuada muerte y destierro de la gloria para la cual somos criados» (22 de junio de 1549).

Francisco Javier ha alcanzado ya las profundidades, en las que no se pueden sentir las perturbaciones del espíritu del mal, cuando se tiene una experiencia de la vida que va más allá de la misma muerte. Esta larga disquisición no era un simple relato hecho a sus hermanos de Europa. Era el eco de sus meditaciones y de sus luchas interiores. Francisco Ja-

vier ha sentido, en el sentido pleno de esta palabra; ha sido invadido por la voluntad del Señor, que ya se identifica con la suya; le basta con alejar el oleaje de la imaginación y de la sensibilidad sumergiéndose más profundamente aún hasta llegar a dar con la roca incommovible que es Dios Nuestro Señor.

En un islote desierto

CONVERTIR a China para entregar Japón a Cristo: este plan es una prueba de la inteligente fidelidad de Javier a los japoneses. Francisco Javier resume todas sus experiencias en la carta que escribe a Ignacio:

«Si acá en la India no hubiere algunos impedimentos que me estorben la partida este año de 1552, espero de ir a la China por el grande servicio de Dios nuestro que se puede seguir, así en la China como en Japón, porque sabiendo los japoneses que la ley de Dios resciben los chinos, han de perder más presto la fe que tienen a sus sectas. Grande esperanza tengo que así los chinos como los japoneses, por la Compañía del nombre de Jesús, han de salir de sus idolatrías y adorar a Dios y a Jesucristo Salvador de todas las gentes» (29 de enero de 1552).

En tensa espera transcurrieron los días en el puerto de Sanción, donde enfermó y murió:

«Puestos los ojos en el cielo, con un rostro y semblante muy alegre, hacía grandes coloquios en voz alta con Nuestro Señor en diversas lenguas que sabía. Lo que le entendí fue repetir muchas veces estas palabras: *Jesu, filii David, miserere mei; tu autem meorum peccatorum miserere.*

»Así estuvo hasta el lunes, 28 de noviembre, que fue el ocho día de su enfermedad, en que perdió del todo la habla y estuvo sin ella tres días, hasta el jueves a mediodía, en los cuales ni conocía a ninguno ni comía cosa alguna. Al cabo de ellos, el jueves a mediodía, como dije, tornó a hablar y conocer, y lo más que se le oía era nombrar la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de quien siempre fue muy devoto, y repetía aquellas sus palabras: *¡Jesús, Hijo de David, habed misericordia de mí! ¡Oh Virgen, Madre de Dios, acordaos de mí!* Con estas y semejantes palabras en la boca estuvo hasta el viernes en la noche. Y un poco antes que amaneciese, yendo desfalleciendo, le puse la candela en la mano y con el nombre de Jesús en la boca dio su alma y espíritu en las manos de su Criador y Señor con grande reposo y quietud; y quedando su cuerpo y rostro con un semblante muy apacible y con un color sonrosado, fue su bendita alma a gozar de su Criador y Señor (...) Murió un sábado antes que amaneciese, a los 3 de diciembre del año 1552, en la isla y puerto de Sanción, en una casa de paja, ajena, diez años después de haber venido a estas partes de la India» (*Monumenta Xaveriana II*, 896).

La Virgen María en la vida de Javier

SANTIAGO ARELLANO LIBRADA, HNSSC.

María en la infancia de Javier

EL fuego de amor que ardía en el corazón de san Francisco Javier procede, sin duda, de «las ansias redentoras del Corazón de Cristo». Pero este fuego se mantuvo encendido porque Javier tuvo siempre junto a Jesucristo a la Virgen María.

Los padres de Francisco Javier, Juan de Jaso y María Azpilicueta, eran un matrimonio de honda fe, de vida intensa de piedad, «Tenía especial empeño —cuenta el padre Juan de la Peña, contemporáneo de los parientes próximos al Santo— de criar bien a sus hijos y enseñarles bien en la Ley de Dios, aficionándolos a la virtud, conociendo ser ésta la mejor herencia que les podían dejar» (*Monumenta Xaveriana*, 25). Ellos le enseñaron a tener tierna y profunda devoción a la Virgen María.

Dos años antes de que Francisco Javier naciera, sus padres edificaron frente al castillo un templo dedicado a la Virgen. Lo preside una preciada joya, la imagen gótica de santa María de Javier, de fines del siglo XIII, sentada en su trono de Reina que, con el Niño Dios en su regazo, muestra su sonrisa a los hijos que vienen a verla.

Ante esta imagen, y a petición del padre de Francisco, se cantaba todos los días la salve, y los sábados con especial solemnidad. A esta oración asistía Francisco desde que nació hasta que fue a París a sus 19 años. Ninguna fiesta de la Virgen pasó inadvertida en su infancia y juventud. Francisco Javier tuvo siempre con él a la Virgen María, al igual que san Juan, «el discípulo amado», la recibió en su casa y nunca se separó de ella hasta abrazarla eternamente en el cielo, después de que en su agonía en la isla de Sancian, repitiera con insistencia: «Madre de Dios, acuérdate de mí».

María en la tentación de su juventud

EN 1525, teniendo Francisco 19 años, marcha a París, el más famoso de los centros docentes de Europa. Allí junto a la cultura había también mucha corrupción. La costumbre de los jóvenes alumnos de todas las naciones era escaparse por las noches a las muchas tabernas que había. Estaba asumido entre los cuatro mil bullangueros estudiantes de París el refrán que dice así: «Canta el

normando, bebe el inglés, quieto está el alemán fijo a la cerveza». Cuenta uno de sus biógrafos que a Javier «le gustaba beber, jugar a las cartas y sobre todo cantar, pero si Javier veía con buenos ojos estas diversiones y aun participaba de ellas, no se dejó arrastrar hacia otros terrenos peligrosos que comprometieran la moral. Así resistió con firmeza a sus amigos y muy especialmente a un profesor maligno, cuando lo incitaban a cosas prohibidas. Las señales del vicio impuro que advirtió Javier en el rostro de su maestro y más todavía su muerte, consumido prematuramente por sus desórdenes, lo afirmaban en su decisión de no asomarse nunca más al precipicio. ¿Quién puede dudar que en su firme resolución de conservar intacta su integridad moral, no tuvo parte señalada el recuerdo de su venerada imagen de santa María de Javier?» (Joaquín M. Goiburú).

Los doce años que Francisco Javier estuvo en la universidad de París fueron una fuerte prueba para su vida cristiana. La principal tentación que tuvo Javier en su juventud no fue la de «la carne», que describíamos antes con el ambiente universitario en las tabernas. Su principal tentación fue la del «mundo»: con su natural amable, simpático y alegre, su carácter abierto y campechano, su sinceridad, el dominio de la lengua francesa y también sus triunfos en las competiciones deportivas, se integraba muy bien en aquella bulliciosa juventud y, por eso, su peligro principal era hacerse un orgulloso, pensando sólo en sí mismo y en sus triunfos en este mundo siendo alguien importante. Él mismo escribe a su hermano y le dice «Aquí todos se me hacen amigos».

Fue la Virgen María la que le protegió contra estas dos tentaciones de «la carne» y «del mundo» enviándole a Ignacio, estudiante guipuzcoano, muy devoto, con 16 años por encima de los suyos. Coincidió (en esto no existe la casualidad) en su misma habitación en el colegio de Santa Bárbara.

Ignacio dijo de Javier que «fue la pasta más dura que había tenido que modelar con sus manos», y lo hizo repitiéndole una y otra vez, contra la tentación del mundo, esta frase de Jesús: «de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma». Frase que se le grabó muy dentro y le hizo cambiar de vida, de buscar su gloria a buscar la gloria de Dios. Él mismo recomendará más tarde al rey de Portugal: «que todos los días se ocupase un



cuarto de hora en pedir a Dios que le dé a entender y sentir dentro del alma aquello que dice Cristo: «De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Y añádiese esta frase al final de todas sus oraciones». Y contra la tentación de «la carne» le ayudó apartándole de los malos amigos. Así lo narra el mismo Francisco: «Gran favor me ha hecho Nuestro Señor en haber conocido al Maestro Ignacio, en mi vida jamás podré agradecerle lo mucho que le debo por haber sido la causa de que yo me apartase de malas compañías, las cuales y por mi poca experiencia no conocía, personas que por fuera mostraban ser buenos y por dentro estaban llenas de maldad, como por las obras ha aparecido». Él mismo, más adelante, escribirá su oración de confianza en María, que fue la clave de su victoria contra las tentaciones: «¡Oh Señora Santa María, esperanza de los cristianos, reina de los ángeles y de todos los santos y santas que están con Dios nuestro Señor en el cielo!; a vos, Señora, y a todos los santos, me encomiendo ahora y para la hora de mi muerte, que me guardéis del demonio, del mundo y de la carne, que son mis enemigos...» (Doc. 15, n. 27. Goa, mayo de 1542). «Mi Señora Santa María, os ruego que pidáis por mí a vuestro Hijo bendito Jesucristo que me dé gracia, en este día de hoy, y en todo el tiempo de mi vida, para guardar los mandamientos» (carta 66, n. 9, Goa, julio de 1548).

Vida confiada en la ayuda de María

JAVIER quiso, con el fuego del amor de Cristo, «prender toda la tierra», pero siempre consciente de que él no podía nada y confiado totalmente en la ayuda de Dios y de María. Constantemente, en su vida cotidiana, repetía jaculatorias a María diciendo: «¡Valedme, Señora!, ¿pues no me habéis de valer?»... «¡Venid, Señora, en mi favor! ¡Madre de Dios, compadeceos de mí! ¡Apiadaos de mí, Virgen María! ¡Mostrad que sois mi Madre!» (cfr. G. Ubillos, *El espíritu de Javier*, pág 8). Y así lo hacía también en los momentos de peligro, como nos lo narra cuando, yendo hacia Cochín, un furioso huracán zarandó la nave durante tres días y tres noches. Todos los marineros temblaban de miedo sabiendo que muchos de los barcos que entonces partían se hundían, ahogándose la tripulación. Escuchemos a Javier: «En este viaje de vuelta para la India, pasamos muchos peligros de grandes tormentas: Tres días y tres noches con tempestades mayores de las que nunca me vi en el mar. Muchos fueron los que lloraron en vida sus muertes, con promesa de jamás navegar si Dios nuestro Señor de ésta nos librase. Todo lo que pudimos echar en el mar, echamos para salvar la vida... Estando en la mayor fuerza de la tormenta, me encomendé a Dios Nuestro Señor... Y para más firmeza de poder alcanzar perdón de mis infinitísimos pecados, tomé por valedora a la gloriosa Virgen, Nuestra Señora, pues en el cielo donde está, todo lo que a Dios pide, lo otorga... y finalmente, puesta toda mi esperanza en Nuestro Señor y Redentor, con todos estos valedores, favores y ayudas, me hallé muy consolado de esta tormenta. Y así rogaba a Dios Nuestro Señor en esta tormenta que si de ésta me librase, no fuera sino para entrar en otras tan grandes o mayores que fuesen de mayor servicio suyo...» (carta 59, 21 a día 20 de enero de 1548).

Vida de apostolado ofrecida para la gloria de Dios y de María

JAVIER se determinó a vivir totalmente para mayor gloria de Dios tras hacer el mes de Ejercicios Espirituales dirigidos por Ignacio, y granados todos ellos de invocaciones a María. En París, el día de la Asunción de la Virgen María, pronunció sus primeros votos. A Ella es a la que nombró protectora de toda su misión y ofreció sus triunfos. Así lo hizo en Portugal cuando se dirigía a las Indias ante una imagen de la Virgen que hay en la desembocadura del Tajo, diciéndole que «le concediese su maternal bendición y que su protección le acompañase en tan larga navegación, como celes-

tial Estrella de los Mares. Él, en cambio, le prometía poner todo su esfuerzo en su misión del Oriente, para convertir pronto en realidad la profecía que salió de sus labios virginales: «un día todos los pueblos me llamarán bienaventurada».

Su devoción al Rosario y a las tres avemarías

SAN FRANCISCO JAVIER vivía una profunda devoción a María y al Rosario y eso lo predicó en la India, en Oceanía y singularmente en el Japón. Así nos lo cuentan sus coetáneos: «El santo misionero colgaba de su cuello el rosario, con cuyo contacto muchos se curaban. Apenas se lo dejaban los enfermos, pues continuamente se lo pedían para conseguir su curación». (Juan de Arriaga, catequista ayudante de san Francisco Javier). «Muchas veces, impotente de tiempo para atender enfermos, mandaba a los niños de la catequesis para que los curaran con su rosario. Los paganos mismos recurrían en sus enfermedades al Rosario de María» (Laborde, *Biografía*, pág. 13).

Lo mismo fue su devoción sencilla a las tres avemarías: «Diga a los niños... que se esfuercen por tener en lo íntimo de su corazón la contrición perfecta fundada en el amor sincero a Dios ofendido, y al final que recen todos tres avemarías: una por los presentes a la catequesis, y las otras dos a discreción» (carta 54,6. A los catequistas. Malaca, 10-11-1545)

Muerte con María

FRANCISCO JAVIER murió solo. Con él estaba únicamente su fiel amigo, el chino Antonio, que es el que nos cuenta: «El bienaventurado Padre quedó en tierra... padeciendo gran falta de lo necesario... y repetía aquellas sus palabras: “Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí” y “Oh Virgen, Madre de Dios, acordaos de mí”, y un poco antes que amaneciera, le puse la candela en la mano y con el nombre de Jesús en la boca dio su alma y espíritu en las manos de su Creador y Señor, quedando su cuerpo y rostro con un semblante más apacible y con un color sonrosado, fue su bendita alma a gozar de su Creador... Falleció un sábado antes que amaneciera, a 3 de diciembre de 1552 en la isla y puerto de Sanción, en una choza de paja, ajena, diez años después de haber venido a estas partes» (*Monumenta Xaveriana*, 896).



Perseverancia de sus frutos con María

HAN SIDO muchos los frutos que ha tenido san Francisco Javier. Muchos se hicieron cristianos por su medio, y cristianos de verdad, llegando muchos de ellos a dar hasta la vida por defender la fe. Cuando a uno de los que resistieron más valientemente a las persecuciones sangrientas que hubo contra los cristianos le preguntaron la razón de su valor, él contestó: «Yo soy un ignorante de las selvas de Amboino; yo no sabré declarar quién es Dios y lo que es ser cristiano; pero una cosa sé y es la que el Padre Maestro Francisco me enseñó: que es cosa buena morir por Jesucristo». Esta fortaleza en la perseverancia brota también de que Francisco Javier les enseñó el cariño tierno a la Virgen, Madre buena que siempre nos protege. La prueba más clara de esto es la perseverancia de la fe en el Japón: trescientos años después de san Francisco Javier, sabiendo que en el Japón llevaban doscientos años sin sacerdotes, pues los últimos habían sido martirizados en 1650, llegó el padre Petit Jean, enviado por el papa beato Pío IX al Japón para reanudar otra vez su evangelización. Se encuentra solo y triste en su capillita recién levantada en Nagasaki cuando se acercaron unas mujeres tímidamente a su puerta y le preguntaron: «¿Dónde está la imagen de nuestra Señora?». El misionero, que creía totalmente desaparecida la fe cristiana en aquel suelo, quedó desconcertado ante esta pregunta. «Enseñanos a la Virgen María», repetían. El padre les introdujo en la capilla, ante el altar de la Virgen, y todas cayeron de rodillas rezando con exactitud el avemaría. El Padre les pregunta: ¿Pero, vosotras sois cristianas? Las mujeres sonrieron y se despidieron del padre. Poco después otro grupo comparece, con el mismo anhelo, pero sin dar contestación al padre. A la tercera vez se atreven ellas a preguntar: le preguntan por el papa, le preguntan si tenía hijos y también le preguntan: «¿Vosotros adoráis a la Virgen como a Dios?». Contesta el misionero: «No, la veneramos como a Madre de Dios». «Es que —replican las mujeres—, dicen que hay otros padres que no aman a la Virgen, que son los que están en Yokoama» (los protestantes). Las mujeres, al oír las respuestas, caen de rodillas y exclaman sin temor alguno: «Padre, somos cristianas. Eran éstas las tres señales que nos habían dejado nuestros mayores para distinguiros: El amor a la Virgen, la obediencia al Papa y vuestra virginidad».

Al día siguiente aparecieron ante la capillita doce mil cristianos, descendientes de los primeros mártires y de los que durante doscientos años habían conservado la fe, sin sacerdotes, sin iglesias, sin sagrarios. Pero habían guardado celosamente el secreto de tres cosas necesarias: la fórmula del bautismo, el acto de contrición y el avemaría, juntamente con las cuentas del Rosario.

San Francisco Javier, patrono de las Misiones y del Apostolado de la Oración

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

LA conmemoración del quinto centenario del nacimiento de san Francisco Javier, nos obliga, en deuda de gratitud, a acercarnos a su apasionante biografía, fecunda en frutos admirables, acciones inverosímiles, aventuras increíbles, esfuerzos e ingeniosidades de enorme originalidad (la música como modo de entrar en contacto con pueblos desconocidos, por ejemplo), riesgos, sacrificios sobrehumanos, enfermedades, miserias y al final la misma muerte, a los 46 años de edad.

En los once años en que se entrega en cuerpo y alma a misionar, recorre a pie setenta mil kilómetros, cifra asombrosa, pero más si tenemos en cuenta que cinco años y medio se los pasó navegando en aquellos arriesgadísimos barcos, en los que un treinta por ciento de los que iniciaban la travesía morían. Sus hechos visibles sitúan a Javier en la órbita de «los apóstoles de América» Motolinía, por ejemplo. Con rigor, por su afán apostólico ha sido comparado con san Pablo. No es de extrañar que se le haya declarado patrono de las Misiones.

¿Podemos quedarnos en esta emocionante sucesión de «aventuras» apostólicas para llegar al hondón del alma de Javier ni siquiera recordando la multitud de milagros, curaciones del cuerpo o del alma, resurrección de muertos o la conmovedora del cangrejo que le devuelve el crucifijo caído al mar en medio de una tormenta?

Además de lo que declararon testigos y amigos desde el inicio del proceso de canonización, el camino más directo para conocerle a fondo se encuentra en las *Cartas y escritos de san Francisco Javier*¹. En ellas vamos a descubrir que el secreto de su infatigable afán apostólico no es otro que el amor apasionado al Amor, Jesucristo muerto en la cruz por cada uno de los hombres.

Algo podemos vislumbrar cuando en la carta número 15 les dice a sus compañeros de Roma en un tono no exento de humor y de ironía:

«Ir al Moro, por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda esperanza y confianza en Dios N. S., deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo

nuestro Redentor y Señor, que dice: “Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará”. Y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia es universal de este dicho del Señor, cuando el hombre viene a lo particularizar, para disponerse a determinar de perder la vida por Dios, para hallarla en Él, ofreciéndose casos peligrosos, en los cuales probablemente se presupone perder la vida sobre lo que se quiere determinar, hácese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse; y en tal caso me parece que sólo aquel lo viene a entender, por más docto que sea, a quien Dios N. S., por su infinita misericordia, lo quiere en casos particulares, declarar. En semejantes casos se conoce la condición de nuestra carne, cuán flaca y enferma es».²

O cuando nos confiesa: «Los trabajos de tan larga navegación, cuidado de muchas enfermedades espirituales, no pudiendo hombre cumplir con las suyas, habitación de tierra tan sujeta a pecados de idolatría y tan trabajosa de habitar por las grandes calmas que hay en ella; tomándose estos trabajos por quien se deberían tomar son grandes refrigerios y materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la cruz de Cristo nuestro Señor, descansan viniendo en estos trabajos, y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos. Qué muerte es tan grande vivir dejando a Cristo después de haberlo conocido, por seguir propias opiniones o aficiones. No hay trabajo igual a éste. Y por el contrario ¡qué descanso vivir muriendo cada día por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!»³

¡Ir buscando sólo los intereses de Jesucristo! Es más, en más de una ocasión, ante el asombro que despertaba contemplar su entrega generosa, afrontando serenamente todo tipo de adversidades y calamidades respondía «aunque me prometieran todo el mundo, no lo soportaría ni un día»; «No lo haría ni por oro ni por plata, sólo por amor a Jesucristo».

2. Ob. cit. Documento núm. 55, de 10 de mayo de 1546, pág. 200.

3. Ob. cit. Documento núm. 15, pág. 95.

1. Cartas y escritos de san Francisco Javier. Edición preparada por el P. Félix Zubillaga, S.J. Madrid, BAC, 1953.

¿Es una figura actual?

Los quinientos años de un nacimiento nos pueden parecer el no va más en la lejanía de lo que son nuestras vivencias y nuestras inquietudes. ¡Medio milenio! y lo que aquellos hombres y mujeres vivieron, sintieron y arremolinó sus conciencias, ingenuamente llegamos a rechazar que pueda parecerse a lo que hoy, a nosotros, aquí y ahora, que estamos percibiendo, sintiendo, vibrando, repudiando, descorazonándonos, ilusionándonos, hoy aquí y ahora. Pero, mire usted por dónde, las grandes preguntas del ser humano, eso que llamamos lo humano permanente se planteó allí hace quinientos años y se sigue planteando aquí y ahora, nos lo seguimos planteando tú y yo, lo mismo que se lo cuestionó Javier, sus padres, sus hermanos, y todos quienes fueron testigos de un vivir explosivo y cambiante como el de nuestros días.

Una pregunta de siempre

¿PARA qué hemos venido a este mundo? ¿Para gozar, dedicar la vida al medro personal, caiga quien caiga, como dueños y señores de la vida y de la muerte?, o ¿existe una finalidad cuya clave la da el encontrar la perla aún en medio del muladar la que llena de sentido la vida y la muerte, las alegrías y las tristezas?

¿Es posible que mi presencia en este mundo sea debido al azar? ¿Estoy aquí por la casualidad de una evolución ciega (sin un Ser consciente superior que haya tenido que ver en mi existencia) para gozar sin perder oportunidad pues la ocasión la pintan calva y sufrir sin esperanza cuando el acontecer nos venga a contrapelo y lleno de adversidades?

Una frase evangélica en boca de un gran educador

JAVIER oyó una voz radical. Ignacio conocía a Javier y la cita evangélica era plantear la cuestión de tal manera que no hubiera escapatoria para quien, como hombre de su tiempo, sólo podía aspirar a ganar el mundo entero. Javier no podía tener más que una aspiración: ser dueño del mundo. Hoy las aspiraciones radicales no son distintas. Todo lo que historiadores y biógrafos nos cuenten de Javier está por debajo de sus ambiciones, se quedan cortos. Ignacio lo tuvo claro: para Javier menos que el mundo entero, nada.

Es comprensible la admiración que sintió Javier por el maestro Iñigo; no menos que los celos de su hermano Juan de Azpilicueta por sus antiguas con-

tiendas bélicas y dimes y diretes actuales. En su primera carta conservada le dice con enorme reverencia a su hermano:

«Y porque v. merced a la clara conozca cuánta merced nuestro Señor me ha hecho en haber conocido al señor maestre Iñigo, por ésta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo, así por haberme favorecido muchas veces con dineros y amigos en mis necesidades, como en haber él sido causa que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo, por mi poca experiencia, no conocía. Y ahora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellos, por todas las cosas del mundo y esto solo no sé yo cuándo podré yo pagar al señor maestre Iñigo, que él fue causa que yo no tuviese conversación ni conocimiento con personas que de fuera mostraban ser buenas, y de dentro llenas de herejías, como por la obra ha parecido. Por tanto suplico a vuestra merced le haga aquel recogimiento que me hacía a mí misma persona, pues con sus buenas obras en tanta obligación me ha echado. Y crea v. merced que si fuera tal cual le informaron, no fuera a casa de v. merced a entregarse en sus manos; porque ningún malhechor se entrega en poder de aquel a quien ha ofendido; y en esto sólo puede v. merced conocer muy a la clara ser falso todo cuanto a v. merced informaron del señor maestre Iñigo».⁴

Las cualidades naturales de Javier las reconocen todos. Afable, inteligente, ingenioso, deportista, hermoso físicamente y fuerte de carácter. Ya iniciado el camino de su entrega sin reservas al Señor es capaz de confesar graciosamente su disgusto contra quien le ha difamado ante su hermano:

«Señor, los días pasados estuvo en esta Universidad el reverendo Padre Fr. Vear, el cual me dio a entender ciertas quejas que v. merced de mí tenía, las cuales me contó muy a largo; y a ser ello así como él me lo dio a entender, en sentirlo v. merced tanto, es señal y argumento muy grande del amor y afición muy entrañable que me tiene.

»Y lo mucho que yo, señor, en esta parte sentía era considerar la mucha pena que v. merced recibía por informaciones de algunos malos hombres de ruin porte; a los cuales a la clara deseo mucho conocer, por darles el pago que merecen. Y porque acá se me hacen todos muy amigos, esme difícil saber quién es; y Dios sabe la pena que paso en diferirles el pago de la pena que merecen; mas sólo esto me da consuelo, que lo que se difiere no se excluye».⁵

Ignacio le pregunta a este joven: ¿De qué te sirve ganar todo el mundo, si pierdes tu alma?

4. Ob. cit. Documento núm. 1, pág. 50.

5. Ibídem.



Altar con la urna que contiene los restos de san Francisco Javier (iglesia del Buen Jesús de Goa)

No le dice: tienes que ser piadoso, cumplir formalmente al menos con lo que se lleva, quedar bien ante los ojos de las gentes. No pasa nada si te dedicas a ganar dinero e incluso a divertirte, si cumples con lo que aplaude la sociedad.

El planteamiento de Ignacio de Loyola es el de un gran maestro. Plantea el nudo de la cuestión. ¿Ganar? ¡Claro! ¿Medrar? ¡Claro! Pero elige ¿Para el triunfo efímero de la materia y del goce mortal de los sentidos o para ganar, medrar, crecer en el impulso irrefrenable del amor y en el amor de Dios? En el contexto del Renacimiento cobra resonancias indescriptibles la sentencia «si pierdes tu alma». Alma, amor y eternidad.

Algunos rasgos de su personalidad

FÁCIL es quedarse con la faceta de ese misionero infatigable capaz de recorrer la tierra entera. Su espíritu de aventura, parejo a las hazañas que estaban llevando a cabo España y Portugal, es capaz de afrontar todo tipo de adversidades. Nada le arredra para sacar adelante su empeño. Podemos pensar que se trata de un hombre de voluntad de hierro. Sin duda admiramos su austeridad y su resistencia ante las penalidades de climas diversos y peli-

gros por tierra y por mar, su facilidad para aprender las más diversas lenguas, su ingenio para acercarse e iniciar el diálogo con culturas y creencias extrañas, su don taumatúrgico hasta llegar a resucitar a los muertos, su habilidad para asumir embajadas diplomáticas a fin de romper barreras y llevar su palabra a donde puedan escucharle. Y todo lo que sabemos por sus biógrafos.

Sin embargo, no entenderíamos nada si no tuviéramos en cuenta su porqué. Javier es un místico. Se ha enamorado de Cristo y como otro Pablo va llevando su incendio de amores allá donde se le necesita. Su vida prodigiosa y admirable sólo se comprende desde el amor. Andariego y místico como Teresa de Jesús. No sirve la contraposición entre contemplativos y activos. El enamoramiento de Dios explica a Vicente de Paúl desviviéndose para remediar las miserias y sufrimientos de los hombres y a Javier infatigable en sus correrías apostólicas, abierta su sotana a la altura del pecho ardiendo amorosamente. La iconografía del Santo así lo supo ver. Y no es disparatado atribuirle la autoría del soneto *No me mueve mi Dios para quererte*.

Primero fue el encenderse en amores de Jesucristo, gracias al camino que ha encontrado Iñigo de Loyola y que le llevó a su amadísima Compañía de Jesús. Después será cumplir la voluntad de Dios y sufrir la sed de llevar la Buena Nueva al mundo entero para bien de todas las gentes. A sus compañeros de Europa les propone esta petición:

«Esta cuenta os doy tan particular, para que tengáis especial sentimiento y memoria de tanta pérdida de ánimas, cuántas se pierden por falta de espiritual socorro. Los que no tuvieren letras y talento para ser de la Compañía, sobrarles ha el saber y talento para estas partes, si tuvieren voluntad de venir para vivir y morir con esta gente; y si de éstos viniesen todos los años una docena, en poco tiempo se destruiría esta mala secta de Mahoma, y se harían todos cristianos, y así Dios N. S. no se ofendería tanto como se ofende, por no haber quien reprenda los vicios y pecados de infidelidad».⁶

Javier, hombre de oración

CONOCEMOS por sus biógrafos las muchas horas que pasaba en oración. Ninguna tan significativa como la que cuenta el padre Recondo en su biografía de Javier, según recuerda el padre Javier Sagüés:⁷ «Las largas noches de

6. Ob. cit. Documento núm. 55, pág. 202.

7. SAGÜÉS, JAVIER S.J., *Orar con Francisco de Javier*. Editorial Mensajero, pág. 56.

Malaca las acortaba a fuerza de oración. Sus amigos Antonio y Diego Pereira tenían curiosidad por saber qué hacía cuando se retiraba, y le espionaron algunas veces a través de las rendijas de las ramas de palmera, y le vieron arrodillado ante una imagen de Cristo crucificado y se dieron cuenta de que pasaba toda la noche en oración y contemplación y si descansaba algo lo hacía acostándose en un lecho de cuerdas de fibra de coco con una piedra por cabezal y por corto tiempo». Las palabras que el misionero pronunciaba brotaban de un corazón que las había tamizado en la contemplación.

Santa Teresita del Niño Jesús y san Francisco Javier

Es un regalo de la divina Providencia que estas dos grandes almas compartan el patronazgo de las Misiones y del Apostolado de la Oración. Un juicio superficial hubiera podido pensar que lo propio hubiera sido uno para cada institución. Sería no entender nada. Cuando santa Teresita elige ser el corazón de la Iglesia para irradiar amor y vida al resto de los órganos del cuerpo místico, no sólo quisiera ser como santa Juana de Arco, un soldado de Cristo; sino ser apóstol y misionera por todos los rincones de la tierra. Harto conmovedor es su vinculación espiritual con el que consideraba su hermano el padre Adolfo Roulland, a quien por encomienda de la madre María de Gonzaga toma a su cargo. Qué importan las distancias. Aquella su conocida despedida llegó al corazón del padre Roulland: «A Dios, hermano, la distancia nunca podrá separarnos».

La lectura de los escritos de Javier iluminan su confianza en el poder de la oración. Suplica constantemente que lo tengan en sus oraciones. A sus compañeros de Roma les comunica el día 1 de enero de 1542:

«El fruto que se hace, Dios lo sabe, pues Él lo hace todo. A nosotros alguna consolación nos es, y no pequeña, estar al cabo el señor gobernador y todos los nobles que vienen en esta armada, ser nuestros deseos mucho diferentes de todo favor humano, sino solo por Dios; porque los trabajos eran de tal calidad, que yo no me atreviera solo un día por todo el mundo. Gracias hacemos a Dios nuestro Señor grandes, por habernos dado este conocimiento y habernos dado fuerzas para cumplirlo. El señor gobernador me tiene dicho que tiene esperanza muy grande en Dios nuestro Señor que adonde nos ha de mandar, se han de convertir muchos cristianos. Por amor de nuestro Señor os rogamos todos que en vuestras oraciones y en vuestros sacrificios tengáis especial

memoria de rogar a Dios por nosotros, pues nos conocéis y sabéis de cuán bajo metal somos.

«Una de las cosas que nos da mucha consolación y esperanza muy crecida, que Dios nuestro Señor nos ha de hacer la merced, es un entero conocimiento que de nosotros tenemos, que todas las cosas necesarias para un oficio de manifestar la fe de Jesucristo, vemos que nos faltan siendo así que lo que hacemos sólo es por servir a Dios nuestro Señor créscenos siempre esperanza y confianza, que Dios nuestro Señor para su servicio y gloria nos ha de dar abundantísimamente en su tiempo todo lo necesario».⁸

«Muchos de mis amigos y devotos procuraron conmigo que no fuese a tierra tan peligrosa; y viendo que no podían acabar conmigo que no fuese, me daban muchas cosas contra ponzoña. Yo, agradeciéndoles mucho su amor y buena voluntad, por no cargarme de miedo sin tenerlo, y más por haber puesto toda mi esperanza en Dios, por no perder nada de ella, dejé de tomar los defensivos que con tanto amor y lágrimas me daban, rogándoles que en sus oraciones tuviesen continua memoria de mí, que son los más ciertos remedios para contra ponzoña que se pueden hallar».⁹

Pronto descubre la necesidad de abandonarse en las manos de un Dios cuyas misericordias no tienen fin. Con vigoroso realismo nos describe en medio de una tormenta aterradora su confianza en el Señor.

«En muchos peligros me vi en este viaje del Cabo de Comorín para Malaca y Maluco, así entre tormentas del mar, como entre enemigos. En uno especialmente me hallé en una nao en que venía de 400 toneles: con viento recio navegamos más de una legua, tocando siempre el leme en tierra. Si acertáramos en todo este tiempo con algunas piedras, la nao se deshiciera; o si halláramos menos agua en una parte que en otra, quedáramos en seco. Muchas lágrimas vi entonces en la nao. Quiso Dios N. S. en estos peligros probarnos y darnos a conocer para cuánto somos, si en nuestras fuerzas esperamos, o en cosas criadas confiamos; y para cuánto cuando de estas falsas esperanzas salimos desconfiando de ellas, esperando en el Criador de todas las cosas, en cuya mano está hacernos fuertes, cuando los peligros por su amor son recibidos, tomándolos por sólo su amor, creen sin dudar los que se hallan en ellos que todo lo criado está a obediencia del Criador,

8. Ob. cit. Documento núm. 13, pág 82.

9. Ob. cit. Documento núm. 55, pág.200.

conociendo claramente que son mayores las consolaciones en tal tiempo, que los temores de la muerte, dado que el hombre acabase sus días. Y fenecidos los trabajos y acabados de pasar los peligros, no sabe el hombre contar ni escribir lo que por él pasó al tiempo que estaba en ellos, quedando una memoria imprimida de lo pasado, para no cansar de servir a tan buen Señor, así en lo presente como en lo porvenir, esperando en el Señor, cuyas misericordias no tienen fin, que le dará fuerzas para lo servir.»¹⁰

Viva conciencia tenía san Francisco del poder de la oración para librar las almas del purgatorio y para lograr la conversión de los pecadores, convicción que tan hondamente movía las oraciones de súplica de santa Teresita. Echando mano de viejas tradiciones nos cuenta el Santo:

«Y también el tiempo que estuve en Maluco, ordené, que todas las noches por las plazas se encomendasen las almas del purgatorio, y después todos aquellos que viven en pecado mortal; y esto causaba mucha devoción y perseverancia en los buenos y temor y espanto en los malos y eligieron un hombre los de la ciudad, vestido en hábito de la Misericordia, que todas las noches, con una linterna en la mano y una campana en la otra, anduviese por plazas, y, de cuando en cuando se parase, encomendando con grandes voces las ánimas de los fieles cristianos que están en el purgatorio, y después por la misma orden las ánimas de todos aquellos que perseveran en pecados mortales, sin querer salir de ellos, de los cuales se puede decir: sean borrados del libro de los vivientes y no sean inscritos entre los justos».¹¹

Resulta edificante su confiada solicitud de petición, con el máximo respeto, a toda la corte celestial y como siempre con ese toque de buen humor y gracejo de su afable temperamento, como ese final en que suplica le libre de este para entrar por amor en otros mayores:

«En este viaje de Malaca para la India pasamos muchos peligros de grandes tormentas, tres días con tres noches, los mayores de los que nunca me vi en la mar. Muchos fueron los que lloraron en vida sus muertes con prometimientos grandes de jamás navegar, si Dios nuestro Señor de ésta los librase Todo lo que pudimos echar en el mar, echamos para salvar las vidas.

»Estando en la mayor fuerza de la tormenta me encomendé a Dios nuestro Señor, comenzando de tomar primero por valedores en la tierra todos los de

la bendita Compañía de Jesús con todos los devotos de ella y con gran favor y ayuda, entregueme todo en las devotísimas oraciones de la esposa de Jesucristo, que es la santa madre Iglesia, la cual delante de su esposo Jesucristo, estando en la tierra, es continuamente oída en el cielo. No me descuidé de tomar por valedores todos los santos del paraíso, comenzando primero por aquellos que en esta vida fueron de la santa Compañía de Jesús, tomando primeramente por valedora la beata ánima del padre Fabro con todas las demás que en vida fueron de la Compañía. Nunca podría acabar de escribir las consolaciones que recibo, cuando por los de la Compañía, así de los que viven como de los que reinan en el cielo, me encomiendo a Dios nuestro Señor.

Entregueme, puesto en todo peligro, a todos los ángeles, procediendo por las nueve órdenes de ellos. Y juntamente a todos los patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, vírgenes, con todos los santos del cielo; y para más firmeza de poder alcanzar perdón de mis infinitísimos pecados, tomé por valedora, a la gloriosa Virgen nuestra Señora, pues en el cielo donde está, todo lo que a Dios nuestro Señor pide, le otorga. Y finalmente, puesta toda mi esperanza en los infinitísimos merecimientos de la muerte y pasión de Jesucristo nuestro Redentor y Señor, con todos estos favores y ayudas halléme tan consolado en esta tormenta, tal vez más de lo que fui después de ser libre de ella. Hallar un grandísimo pecador lágrimas de placer y consolación en tanta tribulación, para mí, cuando me acuerdo, es una muy grande confusión. Y así rogaba a Dios nuestro Señor en esta tormenta que si de ésta me librase, no fuese sino para entrar en otras grandes o mayores, que fuesen de mayor servicio suyo.»¹²

Javier necesitado y mendigo de la oración de todos

Pocos escritos suyos no recogen su constante petición de oraciones para hacer eficaz su servicio apostólico, de manera especial a los miembros de la Compañía de Jesús. Se adivinan rasgos nucleares del futuro Apostolado de la Oración. Veamos unos ejemplos:

«Muchas veces Dios nuestro Señor me tiene dado a sentir dentro en mi ánima, de cuántos peligros corporales y espirituales trabajos me tiene guardado por los devotos y continuos sacrificios y oraciones de todos aquellos que bajo de la bendita Compañía de Jesús militan, y de los están ahora en la gloria con

10. Ob. cit documento núm. 55, pag. 200-2001.

11. Ob. cit. Documento núm. 59, pág. 230.

12. Ob. cit. Documento núm. 59, pág. 236.

mucho triunfo, los cuales vida militaron y fueron de la dicha Compañía. Esta cuenta os doy, carísimos en Cristo padres y hermanos, de lo mucho que os debo, para que me ayudéis a pagar todos, lo que solo ni a Dios ni a vosotros puedo».¹³

«Por amor de Cristo N. S. y de su Madre santísima y de todos los santos que están en la gloria del paraíso ruego, carísimos hermanos y padres míos, que tengáis especial memoria mía para encomendarme a Dios continuamente, pues vivo con tanta necesidad de su favor y ayuda. Yo, por la mucha necesidad que tengo de vuestro favor espiritual continuo, por muchas experiencias tengo conocido cómo, por vuestra invocación, Dios N. S. me tiene ayudado y favorecido en muchos trabajos del cuerpo y del espíritu.»¹⁴

La muerte de Javier, modelo de abandono y entrega a Dios

BIEN conocida es la muerte de Javier. Extenuado, con fiebres tan altas que le ponen al borde del delirio, en total pobreza, anhelando llevar a China la Buena Nueva, creyendo que la conversión de los habitantes del gigantesco imperio abriría las puertas de la fe al pueblo japonés tan profundamente conocido y amado, traicionado por Álvaro de Ataíde y por tantos otros mercaderes cristianos y no cristianos y sin embargo inasequible al desaliento,

suspirando por cumplir su misión hasta el punto de perder su vida para encontrarla en el cielo. Cómo había esperado al mercader chino que le llevaría a Cantón, fija su mirada en el horizonte en espera de ver aparecer el junco que le introduciría en China. Enfermó al día siguiente, el 21 de noviembre de 1552. Pensó que quizás estuviese mejor atendido en su camarote de la nao *Santa Cruz* y allí lo llevó su amigo Antonio. Estaba con una fiebre tan alta que parecía una brasa. Sólo se oía repetir «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí». El balanceo del barco le empeoraba. Al verlo en estado tan lamentable su amigo, Diego Vaz de Aragao, decidió llevarlo a su choza de paja abierta a la intemperie. Francisco le autorizó a que le hicieran una sangría y todo lo demás que le pareciera bueno. Nada le sirvió de remedio. La fiebre le subía. Comprendió que le llegaba la muerte. Tiernas invocaciones a Jesús y a María, versículos sueltos de los salmos y siempre los ojos puestos en el cielo. A Chistovao, criado chino pareció anunciarle su triste destino cuando le repitió por tres veces: “Ay triste de ti”. Sólo le acompañaba Antonio, quien adivinando la proximidad de la muerte le puso en sus manos un crucifijo, al que ya dirigió siempre la mirada. Al amanecer del sábado 3 de diciembre de 1552 entregó su alma al su Señor, como atestiguó Antonio «con gran reposo y quietud».

No es difícil encontrar semejanzas con la muerte de santa Teresita, por ejemplo, su total confianza y abandono en Dios, puesta su esperanza en el Señor. Las últimas palabras que pronunció Javier fueron las del último versículo del *Te Deum*: «In Te Domine speravi, non confundar in aeternum».

Es realmente gozoso que estemos en manos de santos tan admirables.

13. Ídem.

14. Ob. cit. Documento núm. 55, pág. 202.

«Eterno Dios, Criador de todas las cosas: acordaos qué Vos criasteis las almas de los infieles haciéndolas a vuestra imagen y semejanza.

Mirad, Señor, como en oprobio vuestro se llenan de ellas los infiernos. Acordaos, Padre celestial, de vuestro Hijo Jesucristo, que derramando tan liberalmente su sangre, padeció por ellas. No permitáis que sea vuestro Hijo por más tiempo menospreciado de los infieles, antes aplacado con los ruegos y oraciones de vuestros escogidos los santos y de la Iglesia, Esposa benditísima de vuestro mismo Hijo, acordaos de vuestra misericordia, y olvidando su idolatría e infidelidad, haced que ellos conozcan también al que enviasteis, Jesucristo, Hijo vuestro, que es salud, vida y resurrección nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos; a quien sea dada la gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén»

Oración compuesta por san Francisco Javier

San Francisco Javier, patrono de Navarra y misionero desde el cielo

MANUELA ARRAIZA JAURRIETA
ROSARIO JAURRIETA BALEZTENA

SAN Francisco Javier nos ha dejado una gran herencia. Para los cristianos de su tierra siempre ha sido faro y guía. En las familias navarras nunca faltaba un Francisco de Javier. Desde niños, en casa y en los colegios se nos ha inculcado un gran amor a Dios y la necesidad de que éste fuera conocido en todas las partes de la tierra. El espíritu misionero era una concreción de ese amor a Dios y así muchas familias navarras han dado con generosidad sus mejores hijos a las misiones. Javier, faro y guía, ha sido nuestra referencia, como en aquella ocasión de 1886, cuando Pamplona se vio azotada por la peste y se suplicó al santo para que cortara el mal. De la parroquia de San Agustín de Pamplona salió la primera peregrinación andando al castillo de Javier para pedir por esta intención. El clamor popular llegó al cielo, que por la intercesión de san Francisco Javier, aplacó la peste. Todavía queda el recuerdo del hecho recogido en una placa conmemorativa en la torre de la parroquia. O en el modo en que en esta iglesia, como en todas las de Navarra, se celebraba la novena de la Gracia en honor al Santo con gran asistencia de fieles. Es a través de esta novena de la Gracia, de donde ha crecido de manera muy especial la devoción a nuestro santo patrono.

La novena de la Gracia

CON ocasión de adornar un altar en Nápoles para la fiesta de la Inmaculada Concepción en 1633, cayó desde los andamios un martillo de dos libras de peso que hirió mortalmente al padre Marcelo Mastrilli, de la Compañía de Jesús, destrozándole la sien derecha. De día en día llegó a agravarse tanto su enfermedad, que iban a darle ya la extremaunción, pues era imposible administrarle el viático, por no poder el enfermo ni tomar una gota de agua. Pero cuando estaban pensando en esto, he aquí que el padre Mastrilli se levanta sano y bueno... La herida había desaparecido, la cicatriz no se notaba, el padre se sentía restablecido de repente. Bien temprano celebró su misa y dio la comunión a muchas personas que concurrieron a ver este prodigio.

Subió en seguida al púlpito, y por su propia voz explicó al pueblo de Nápoles el secreto. Viéndose herido y sin esperanza de vida, había hecho voto en honor de san Francisco Javier de ir a las misiones de Indias, si le concedía la salud. La noche última se le había aparecido el Santo animándole a cumplir su voto y recibir el martirio en el Japón; y después de un rato de dulce conversación desapareció dejándole repentinamente curado. Aseguró el padre Mastrilli que san Francisco le había dicho que todos los que en la novena desde el 4 al 12 de marzo implorasen su intercesión para con Dios, confesando y comulgando en alguno de estos días, experimentarían, sin duda, los efectos de su poderosa protección y conseguirían la gracia que pidiesen, si convenía para su salvación y la mayor gloria divina. Más tarde, el padre Alejandro Filipucci, también curado por el santo en 1658, compuso la novena.

Desde entonces divulgóse rápidamente por todas partes. Los romanos pontífices han concedido 300 días de indulgencia por cada día de la novena, y una indulgencia plenaria al fin, si en alguno de estos días se ha confesado y comulgado y rogado por las intenciones de Su Santidad. Para las indulgencias está declarado que es igual hacer la novena en cualquier tiempo del año. Pero la promesa de la gracia hecha por san Francisco Javier al padre Mastrilli señaló el tiempo del 4 al 12 de marzo, en el cual día fueron canonizados san Ignacio de Loyola y el santo Patriarca de las Indias.

Santa Teresita del Niño Jesús fue devota de la novena de la Gracia, ella misma nos lo cuenta:

«He pedido la gracia de hacer el bien después de la muerte y ahora estoy seguro de haberlo conseguido, porque por medio de esta novena se obtiene todo lo que se desea».

Así mismo, decía san Pío X: «Hace ya cerca de tres siglos que los fieles de Cristo acostumbran en sus trabajos a recurrir confiadamente a san Francisco Javier, Apóstol de las Indias, insigne por su predicación y milagros, principalmente por medio del devoto ejercicio, al que por su grande y comprobada eficacia en las necesidades de la vida presente, no dudaron en llamar la novena de la Gracia».

Y lo mismo Juan XXIII: «Yo he terminado la novena llamada de la Gracia. Espero mucho en este

santo milagroso que es buen protector de nuestra familia».

Las «Javieradas»

ACTUALMENTE están inseparablemente unidas la novena de la Gracia y las llamadas Javieradas, aunque ya hemos visto que la novena tiene más de trescientos años, y ello es así debido a que las «Javieradas» coinciden con los dos fines de semana de la novena de la Gracia.

Las Cortes de Navarra, en su sesión de 11 de julio de 1624, acordaron declarar al recién proclamado santo, Francisco de Javier, como patrono del Reino y organizar en su honor cada año celebraciones religiosas a las que acudiría la Diputación del Reino con el acompañamiento propio de los actos solemnes (maceros, rey de armas, capilla de música de la catedral de Pamplona...) y a las cuales se sumarían numerosos ciudadanos.

Ya en los años precedentes, concretamente en 1620, la Diputación del Reino de Navarra había pedido al general de los jesuitas que solicitase del Papa la concesión del rezo a san Francisco Javier. Y en 1621 se expidió en Roma el breve que otorgaba la licencia apostólica correspondiente. Asimismo, la Diputación del Reino decidió tomarlo como patrono antes incluso de su canonización como santo, que tuvo lugar el 12 de marzo de 1622, junto con Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Isidro Labrador y Felipe Neri.

Al Ayuntamiento de Pamplona no le pareció oportuna la decisión de que san Francisco Javier sustituyera en el patronazgo del reino a san Fermín, primer obispo de la ciudad. Esto provocó tales enfrentamientos que fue necesaria la intervención del papa Alejandro VI, quien en 1657 otorgó la confirmación pontificia al copatronato, declarando a san Francisco Javier y a san Fermín copatronos «equaeprincipales» del Reino de Navarra.

Entre las actividades que organizó la Diputación Foral de Navarra destaca la venida del brazo de san Francisco Javier desde Roma, ocasión en la que miles de personas acudieron a venerar las reliquias del santo.

En los años anteriores a la República la duquesa de Villahermosa, descendiente de la familia del santo, mandó construir la basílica del castillo y restaurar su entorno y donó la misma con el colegio a los jesuitas.

En abril de 1931 se proclama la república en España y el 11 de mayo de ese mismo año comienza la quema de conventos, se produce la expulsión de España de la Compañía de Jesús y se clausura la basílica y el castillo de Javier.

En marzo de 1932 al empezar la novena de la Gracia, unas señoras devotas del santo se habían presentado al entonces obispo de Pamplona, don Manuel Muñiz, proponiéndole celebrar la novena en Javier, diciéndole que había que mover al santo y con él a Navarra entera. Era un asunto difícil, pues la llave del castillo y de la basílica era guardada por el presidente de la República y llegar a él resultaba prácticamente imposible. Otra vez se acudió a la intercesión del santo y se consiguió la llave de forma providencial. Pudieron abrirse las puertas y la basílica acogió a todos los peregrinos, que eran tantos que se llenó varias veces la basílica. La guardia civil permanecía alerta y con miedo a que la peregrinación derivase en una reunión tumultuosa hizo llamar a la organización, a la que comentó que aquello era un motín, pero una de las señoras de la organización llamada Camino Jaurrieta respondió: «Cuando Navarra reza no se amotina». El fervor por el santo crecía y se enraizaba en el corazón de Navarra.

Las primeras Javieradas

EN la cruzada de 1936, muchos navarros pedían la intercesión del Santo al morir, y cuando al fin vino la paz, era de rigor acudir en peregrinación al castillo en acción de gracias. Así la Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz, institución cuyo fin era sostener el espíritu de la cruzada, fundada por el entonces obispo de Pamplona don Marcelino Olaechea, organizó en 1940 una peregrinación que saliendo de Pamplona se dirigiría a Javier, encabezada por el mismo obispo, que la bautizó con el nombre de *Javierada*, nombre con el que se sigue llamando hoy todavía a la peregrinación anual que desde entonces se realiza todas las primaveras, durante la novena de la Gracia, a la cuna del santo misionero. A ella acuden gentes de toda España y del mundo entero. ¡Cuántas vocaciones, cuántas conversiones se han suscitado en el solar de Javier! El mundo está hambriento de fe.

Actualmente, son dos las grandes peregrinaciones en dos fines de semana consecutivos que, como ya hemos señalado, coinciden con los fines de semana de la novena de la Gracia.

Las «otras Javieradas»

PERO no acaban las Javieradas en las de estos dos fines de semana, pues durante los nueve días de la novena se realizan otras peregrinaciones: cada día de la novena está asignado a los diferentes arciprestazgos de la diócesis. También hay un día dedicado a la mujer, ya que fueron ellas las



primeras en dar solemnidad a la novena en tiempos difíciles. Otro día está dedicado a los sacerdotes, presididos por el señor arzobispo y los abades de los monasterios benedictino y cisterciense de Leyre y de La Oliva, los deanes de los cabildos de Pamplona, Tudela y Roncesvalles. Se habla mucho del esfuerzo de los que marchan a pie a encontrarse con el santo, pero tenemos un día de gran valor, la «Javierada del dolor», el domingo de Pentecostés, a la que acuden los enfermos de la diócesis y de diócesis vecinas. Es tal el ambiente de felicidad que allí se respira que la Javierada del dolor se convierte en la Javierada de la alegría. Otro día entrañable en Javier es la peregrinación que realizan los colegios; recordemos cómo Javier en su apostolado reunía a los niños a toque de campanilla y les invitaba a rezar con él.

Y no sólo en el solar del Santo sino también en otros lugares ha enraizado fuertemente el acudir al Santo en estas fechas. Los navarros residentes en Madrid peregrinan hasta Nuevo Baztán, urbanización en Madrid que depende de San Fermín de los Navarros, en cuya parroquia de San Francisco Javier se venera al santo de Javier que con Fermín es copatrón de Navarra.

Esta devoción de la novena de la Gracia, cuyo origen hemos explicado anteriormente, consiste en rezar al Santo durante los nueve días la oración litúrgica establecida para esa circunstancia, la pre-

dicación del sacerdote, el rezo de una oración que compuso y decía san Francisco Javier, seguido de exposición del Santísimo Sacramento y bendición. Después se procede a la veneración de las reliquias. La novena es radiada, lo que hace que muchas personas puedan unirse desde sus casas a la oración.

Javier, patrono de las Misiones, patrono del Apostolado de la Oración

LA Iglesia que es Madre y Maestra, con la guía del Espíritu Santo ha declarado a san Francisco Javier patrono de las Misiones. Evidentemente su labor misionera, activa, es abrumadora, sólo explicable en un corazón que ha venido a prender fuego a la tierra y quiere verla ardiendo, pero junto a ello le ha declarado patrono del Apostolado de la Oración, de ese apostolado que se puede hacer desde casa, callando, sufriendo, haciéndose oblación al amor de Cristo, víctima de su amor misericordioso, y así, además de las innumerables gracias que ha concedido el Señor por la intercesión de este santo y que se guardan en el corazón de los fieles, tenemos dos órdenes religiosos bajo la sombra de su castillo. La orden contemplativa de clausura de las Oblatas de Cristo Sacerdote, fundada por el obispo García Lahiguera, que tienen como misión rezar por los sacerdotes y cuyo convento está anexo a la parroquia de Javier, que conserva la pila bautismal del santo; y la orden de las misioneras de Cristo Jesús, fundada en 1944, tras la novena de la Gracia por tres señoritas pamplonesas, María Camino Sanz, Conchita Arraiza y Teresa Unzu. Esta última religiosa todavía vive y realiza su misión en la India. Las misioneras de Cristo Jesús están extendidas por el mundo, incluso han llegado a China haciendo realidad el sueño de Javier.

Precedente del actual centenario: centenario de la llegada de Javier a Kagosima y peregrinación internacional con el brazo del santo siguiendo sus pasos (testimonio de Rosario Jaurrieta)

EN el V centenario del nacimiento de san Francisco Javier recordamos de manera especial cómo en el año 1949 se celebró en Japón el IV centenario de la llegada de Javier a Kagosima. España organizó una peregrinación desde Javier a Japón. Nos acompañaba un jesuita de Zuasti (Navarra), que tras recibir en Javier el último beso de su madre viuda, emprendió el viaje y se quedó en Japón a misionar. Acompañábamos al brazo de san Francisco Javier que iba a presidir todos los actos.



Iglesia del Buen Jesús, de Goa, donde reposan los restos del Santo

Seguimos nuestro camino tras los pasos del Santo. Allá por donde pasábamos (Lisboa, rumbo a las Américas, Nueva York, California, Honolulu) salían misioneros a recibirnos y nos decían misa. Llegados a Japón, en Tokio, fuimos recibidos en la embajada española desde donde se formó la peregrinación internacional. Acudieron también el legado del santo padre, cardenal Gilroy, venido desde Australia, junto con otros obispos. Viajábamos en tren de isla en isla, por túneles subterráneos. En algunas ocasiones había que parar el tren para que los sacerdotes dieran a los paisanos, católicos y no católicos, a honrar las reliquias de san Francisco Javier. Celebramos la novena de la Gracia en diferentes pueblos y ciudades donde misionó el Santo. El acto final se celebró en el estadio Mijo de Tokio y el príncipe Takamacho, hermano y representante del emperador del Japón, acudió a él. El momento político era favorable para los católicos, pues al haber perdido la guerra mundial habían dejado de creer en la divinidad del emperador. La gente miraba con simpatía al catolicismo, las jóvenes querían bautizarse para ingresar después en órdenes religiosas. Con pena dejamos las islas y continuamos a la India. Allí nos pudimos dar cuenta del impresionante legado de Javier. Muchos misioneros navarros, un cristianismo floreciente y Javier, una figura muy querida.

En el congreso eucarístico de Bombay, en el año

1960, la presidenta de ANFE acudió con la bandera de la sección de Pamplona y en su corazón un escudo de Javier. La organización, al verla, la hizo pasar a la presidencia del acto, como recuerdo y homenaje a Javier. En el congreso eucarístico de Melbourne, sucedió otro tanto, con la bandera de la Adoración de Pamplona y el escudo de Javier: fue punto de encuentro de navarros y misioneros españoles que allá estaban y fue motivo para que se conocieran o se reencontraran unos y otros».

«Venid y lo veréis»

EL día 3 de diciembre de 2005 comenzó el jubileo que la Compañía de Jesús celebrará durante un año para conmemorar el V centenario del nacimiento de san Francisco Javier, del beato compañero de Javier, Pedro Fabro y el 450 aniversario de la muerte de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía.

Os invitamos a todos a ganar el jubileo. Los lugares indicados para ello son la parroquia y la basílica de Javier y la catedral de Pamplona. Pero no tendría sentido celebrar centenarios de Javier sin poner los ojos y el corazón en su persona, su mensaje y su vida como modelo y referencia cristiana, ejemplo de santidad, de como dedicar nuestra vida para en todo amar y servir a su divina Majestad.



El mundo que conoció Javier

ELENA IBERO MARTÍNEZ

JUAN RAMÓN ZABALEGUI ZABALEGUI

El castillo que le vio nacer

EL 7 de abril de 1506, una de las habitaciones del Palacio Nuevo del castillo de Javier vio nacer al que siglos después sería patrono de las Misiones y patrono de Oriente.

El castillo donde Javier vivió hasta los 19 años está situado en la parte oriental de la Navarra Media, en la frontera con Aragón y cerca del río que lleva este mismo nombre.

La torre primitiva del castillo, llamada torre de San Miguel, construida probablemente a finales del siglo x, fue rodeándose a lo largo de los siglos siguientes de distintas edificaciones como: el Palacio Viejo, que se destinó a vivienda, la torre del Cristo (en cuyo interior está la antigua capilla del castillo y la imagen del Cristo que, al morir el Santo, sudó sangre), o el Palacio Nuevo, construido ya por Juan de Jaso, padre de san Francisco.

La infancia de Javier transcurrió según la costumbre de la época. Recibiendo su primera educación en el castillo, vivió inmerso en las actividades cotidianas propias de un señorío.

El señorío de Javier pertenecía a la familia materna del Santo y consistía en el castillo, el pueblo de Javier y un territorio de más de diez kilómetros cuadrados.

Entre otros derechos, tenían el de cobrar impuestos a los campesinos que cultivaban sus tierras. Además, los rebaños trashumantes que atravesaban los términos del castillo, pagaban una cuota por el pasto que comían: un cordero y cinco sueldos. Pero, si intentaban pasar ganado de contrabando, los rebaños eran quinteados, es decir, les quitaban una oveja de cada cinco. También, año tras año, los almadieros bajaban la madera de sus bosques siguiendo la corriente del río Aragón, llegando hasta Zaragoza o incluso hasta el Mediterráneo. Las almadías pasaban junto al castillo y el señor de Javier cobraba, como derecho de paso, un tronco por almadía, para cubrir los daños que ocasionaban a la presa. Junto con todo esto, poseían, además, un molino y una salina, y eran dueños y patronos de la iglesia parroquial.

Cuando san Francisco de Javier contaba diez años, fue testigo del derribo de la fortaleza. Fueron destruidas las murallas exteriores, se desmocharon las torres y, los matabancos y saeteras fueron inutili-



zados. Este fue el precio que pagaron Miguel y Juan, hermanos del Santo, por alzarse en armas contra la Corona de Castilla tras la anexión de Navarra en 1512. Tras varios intentos de recuperar el trono para los Foix-Albret, se rindieron y se acogieron al perdón ofrecido por Carlos I de España, sucesor y nieto de Fernando el Católico, y le reconocieron como rey de Navarra. Así, les fueron devueltos bienes, hacienda y cargos.

Javier en París

EL París del siglo xvi era una ciudad fortificada que tenía tres barrios: la Cité, en la isla del Sena; el lugar más antiguo, el Barrio Latino, donde estaba la Universidad y los colegios; y la Urbe, con sus hoteles, comercios y mercado.

En la Universidad había cuatro facultades: Teología, Medicina, Derecho Canónico y Filosofía o Artes. Sus cuatro mil estudiantes procedían de treinta y nueve países distintos y, de aquéllos, treinta y ocho eran navarros.

La Universidad era un conglomerado de más de cincuenta colegios sometidos a una disciplina común, pero autónomos en su funcionamiento. Javier estuvo en el colegio de Santa Bárbara como alumno interno. La vida que llevaban en el colegio es difícil imaginarla hoy en día: las aulas no tenían bancos ni sillas, los alumnos se sentaban en el suelo, cubierto de una capa de heno que mitigaba el frío del invierno y daba frescor en verano. Las clases duraban más de nueve horas al día entre lecciones, repeticiones, disputas y demás.

El ambiente de la ciudad era bullicioso y a veces violento. Para un estudiante, eran numerosas las ocasiones que llevaban a la diversión y a preocupaciones poco espirituales. San Ignacio de Loyola apartó a Javier de este mundo superficial y evitó que se relacionara con herejes.

En París, Javier estuvo nueve años estudiando primero humanidades y artes, y luego teología, mientras impartía clase en el Colegio de Beauvais.

La Europa de Javier

FRANCISCO de Javier (1506-1552) se encuadra en un siglo, el xvi, apasionante. Es la época de la consolidación de los grandes estados modernos y las monarquías llamadas autoritarias. La nobleza, grupo social o estamento al que Francisco pertenecía, se agrupaba en torno a la figura de los reyes y se establece en la corte para medrar. Las ciudades, como París, se engrandecen y se construyen palacios y residencias siguiendo el modelo italiano que se impone como referente cultural.

Es el momento de los grandes imperios coloniales que se forman desde el siglo xv debido a los grandes descubrimientos geográficos. Se abren nuevas rutas marítimas y comerciales hacia América y Asia, dos continentes novedosos para el hombre europeo que inicia su descubrimiento, conquista y evangelización. Los dos grandes imperios son España, que expande la fe por el denominado Nuevo Mundo –América–, y Portugal, que se abre hacia Asia a través de la llamada «Ruta de las Especies». Francisco de Javier aprovechará estas posibilidades para lanzar el Evangelio por todo el continente asiático y llevar a Cristo a regiones que cincuenta años antes era impensable.

La Europa del siglo xvi es también la del apogeo del Renacimiento artístico con figuras de la talla de Miguel Ángel, Rafael de Sanzio, Tiziano, etc, que con sus obras ornamentan las ciudades y capitales europeas. El humanismo es la corriente cultural e ideológica que impregna con sus ideas los nuevos valores apoyados en la vuelta al mundo clásico pagano. La imprenta ayuda a la difusión de las obras de humanistas como Erasmo o santo Tomás Moro.

La situación religiosa de la primera mitad del siglo xvi tiene como protagonista a Lutero. Este monje agustino, teólogo, alemán, con sus ideas traerá la ruptura con la Iglesia católica y abrirá una crisis religiosa y política que convulsionará a Europa. El protestantismo se extenderá por Alemania y traerá las llamadas guerras de religión que se prolongarán durante el siglo xvii. La influencia de la Reforma protestante afectará a países como Inglaterra donde su monarca, Enrique VIII, rompe con Roma por conveniencia personal y se gesta la religión anglicana. En Suiza, el calvinismo esparce su radicalismo religioso. Los holandeses caerán también en el luteranismo. Ni siquiera Francia se verá libre de la herejía. España se vio libre de este influjo luterano gracias a la Inquisición y a la labor de los Reyes Católicos que se adelantaron a la reforma del clero a finales del siglo xv.

Durante la segunda mitad del siglo xvi se celebra el Concilio de Trento (1545-1563) y en él cobra protagonismo una nueva orden religiosa nacida bajo el carisma de su fundador, Ignacio de Loyola. Esta orden es la Compañía de Jesús, los jesuitas, a la que Francisco de Javier pertenecerá para «ganar su alma». La amistad de Francisco con Ignacio, se forjará en los años de estudios en París.

A su paso por la India, Indonesia y Japón

EN noviembre de 1536, Francisco de Javier viaja a pie a Italia para de ahí marchar a Tierra Santa. No pudiendo peregrinar allí, se estableció en Roma durante los años 1537-1538 a la espera de que el Papa aprobara la Compañía de Jesús. Mientras nuestro santo se encontraba en Roma, el rey de Portugal Juan III pidió al Papa jesuitas para las misiones portuguesas en la India. Javier embarcó en Lisboa en 1541 rumbo a Goa, en un viaje que duraba trece meses y se recorría veintiséis mil kilómetros.

Los viajes de Javier, técnicamente hablando, fueron posibles gracias a los galeones portugueses. Estos eran barcos grandes y pesados, de unas ochocientas toneladas, donde viajaban apelotonados unos cien hombres entre tripulantes, soldados y pasajeros, además de las mercancías. Tenían tres mástiles y amplias velas con grandes cruces y veinte cañones a lo largo de la borda. Sin embargo, a pesar de parecer fuertes duraban unos cuatro o cinco años. De las cinco naves que componían la flota real portuguesa en su viaje a la India, una naufragó antes de llegar a Goa y otra, la *Santiago*, en la que iba Javier, también se fue a pique a los pocos meses de llegar.

La ruta que seguían era la de las especias. Estaba controlada por Portugal y su importancia comercial

radicaba en la gran demanda que en Europa había de estas plantas. Las más importantes eran el clavo y la nuez moscada, que procedían de plantas muy exigentes que no se aclimataban en otras partes. El gran puerto comercial, opulento y cosmopolita abarrotado de navíos y lleno de actividad, era el de Malaca. San Francisco estuvo aquí cinco veces y en cierto modo Malaca fue como su cuartel general.

La India y en general todo el Asia que encontró Javier era un mosaico de religiones y creencias. Una de las más extendidas era el hinduismo. El hinduismo (tiene su origen hacia el 1200 a. de C.) cree en la reencarnación. Las almas, al morir, vuelven al mundo una y otra vez renaciendo en otro cuerpo. Estas existencias sucesivas son siempre dolorosas y el objetivo del hindú es escapar finalmente de la rueda de reencarnaciones y unirse con Brahma, que es eterno e inmutable. Esta forma de entender la vida, implica en lo social un sistema de castas, desde la más alta que son los brahmanes, encargados de guardar la doctrina y dirigir la sociedad, hasta los parias o intocables, a los que se niega todo derecho y consideración y son tomados por impuros y ajenos a la sociedad.

Otra creencia muy extendida era la doctrina de Buda, el budismo (hacia el siglo VI a. de C.). Desprecia todo conocimiento que no conduzca directamente a la salvación, o sea, a la liberación del proceso de reencarnación. Según Buda, lo que lleva a los seres vivientes de reencarnación en reencarnación es el deseo, la voluntad de vivir. Si el hombre mata en sí todo deseo, incluso la voluntad de vivir, no vuelve a nacer y entra en el Nirvana, estado en el que el hombre queda libre de la reencarnación y el dolor.

Cuando san Francisco llegó a Japón, encontró el sintoísmo, que es una creencia exclusiva del Japón. Los seguidores del sintoísmo rinden culto al espíritu del dios Kami, que tiene presencia en todas las cosas. Otras deidades menores protegen al poblado, en particular, cosechas, familias, etc. La divinidad suprema es la diosa del sol Amaterasu, venerada en templos imperiales. Los templos se encuentran repartidos por todo el país. A ellos acuden los fieles a realizar sus ofrendas. En el sintoísmo no existen libros sagrados. Los rituales consisten en pedir bendiciones para todo tipo de actividades y acontecimientos. Forman parte de la vida diaria de los japoneses.

En algunas zonas del Japón llegó a introducirse el confucionismo, traído a través de comerciantes chinos. Es un código ético que recalca como una de sus

más importantes reglas la lealtad hacia la familia, de la que el padre es la cabeza. Esta idea, junto con la creencia sintoísta de que los espíritus de los muertos seguían vivos, produjo en el Japón tradicional la cultura patriarcal de rendir culto a los antepasados. Confucio (551-479 a. de C.) pensaba además que el bien es la virtud y a ella se llega a través de la instrucción, la cual un buen gobierno debía difundir.

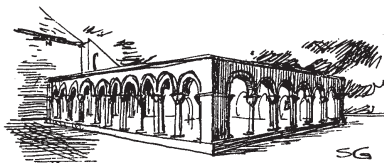
San Francisco no pudo entrar en China. Llegó hasta Sanción, una isla pequeña y deshabitada, situada a diez kilómetros de la costa china. En ella se reunían secretamente mercaderes portugueses y chinos para hacer tratos comerciales. Sobre la playa, una hilera de chozas construidas con ramas y paja acogía a los portugueses durante su estancia. En una de ellas murió Javier en 1552.

La huella del Santo

FRANCISCO de Javier pasa en Oriente desde 1541 hasta su muerte. Unos once años de intensa evangelización. Envía a Europa unas ciento noventa cartas, de las cuales se conservan 108. En ellas narra con viveza su contacto con las culturas orientales, tan distintas de la europea pero con la misma sed de Dios. Atiende a enfermos, niños, ancianos, presos y bautiza, confiesa, predica, todo ello sin descanso y con gozo.

En 1619 es beatificado y el 12 de marzo de 1622 es canonizado por el papa Gregorio XV. En 1748 ya era considerado patrono de Oriente. En 1927 el papa Pío XI le declara patrono de las Misiones. En 1952, Pío XII lo proclama patrono del Turismo. Los artículos, libros y estudios sobre la figura de san Francisco Javier superan los tres mil. Ha sido retratado en numerosos cuadros por los mejores artistas y pintores.

Para Navarra es la figura señera y más representativa. En 1622, la Diputación del Reyno lo nombra patrono de Navarra. En 1985, una ley foral convirtió su fiesta litúrgica, el 3 de diciembre, en Día de Navarra. En 1892 se restauró el castillo donde vivió durante su infancia y desde mitades del siglo XX se celebran las «Javieradas» (peregrinación desde Pamplona a Javier –unos cincuenta y dos kilómetros– que culmina los últimos ocho kilómetros con el rezo del Vía-crucis y una misa al aire libre en la explanada del castillo). Estas Javieradas se realizan los dos primeros fines de semana de marzo.



Año Jubilar Javeriano

MIGUEL ÁNGEL IBERO
MARIA LUISA GABÁS

EL 7 de abril de 2006 se cumplirán los quinientos años del nacimiento de san Francisco Javier, quinto hijo de Juan de Jaso y María de Azpilcueta. Con este motivo la Iglesia de Navarra ha declarado Año Jubilar desde el 3 de diciembre de 2005 hasta la misma fecha de 2006. El 7 de abril se celebrará solemnemente una jornada de Acción de Gracias por la vida y obra de este gran misionero, patrono de Navarra y de las Misiones.

Durante este año, el castillo, profundamente renovado, la parroquia en la que el santo fue bautizado y la catedral de Pamplona serán lugares de peregrinación. Los fieles que visiten estos templos durante este Año Jubilar, podrán ganar indulgencia plenaria, es decir, la remisión de toda pena provocada por los pecados, confesando, comulgando y orando por las intenciones del Santo Padre. Esta indulgencia es aplicable a vivos y difuntos. Quienes, por alguna razón objetiva, no puedan hacerlo, podrán ganar la indulgencia del Año Jubilar confesando y comulgando en su propia parroquia y uniéndose espiritualmente a la celebración del jubileo javeriano.

«El ejemplo y la intercesión de san Francisco Javier pueden ser de una gran ayuda para acercarnos más a Jesús y amarle más intensamente. Con la de-

cisión y la pasión con que le amó Francisco de Javier».¹

Al Jubileo se le llama Año Santo, por sus celebraciones sagradas y porque está destinado a promover la santidad de vida; el Año de Gracia tiene lugar cuando la persona se encuentra con Cristo y lo acoge.²

El Año Jubilar Javeriano-Año Santo ha sido instituido para:

- consolidar la fe
- favorecer las obras de caridad y la comunión fraterna en el seno de la Iglesia y en la sociedad
- para animar a los creyentes a una profesión de fe en Cristo, el único Salvador.

El Año Santo es año de reconciliación, de conversión y de penitencia sacramental: es un momento especial de gracia de Dios.

La palabra *jubileo* aparece ya en el Antiguo Testamento: «Declararéis santo el año cincuentésimo y proclamaréis la liberación en el país de todos sus

1. Cartas desde la fe, Sebastián Aguilar Fernando 2005.

2. Guía Pastoral Año Jubilar Javeriano. Vº centenario del nacimiento de san Francisco Javier.

ACCIONES PASTORALES PARA EL AÑO JUBILAR

Desde la archidiócesis de Pamplona y Tudela se han propuesto diez acciones pastorales para el año Jubilar:

1. Orientaciones del arzobispo don Fernando Sebastián
2. Cuatro grandes celebraciones:
 - Día 2 de diciembre de 2005: apertura, vísperas en la catedral a las 20 h.
 - Día 3 de diciembre de 2005: fiesta de san Francisco Javier. Eucaristía en Javier, Eucaristía en la catedral y a las 12.00 repique de campanas en todos los pueblos de Navarra.
 - Día 7 de abril de 2006: V centenario del nacimiento de san Francisco Javier.
 - Día 3 de diciembre de 2006: clausura.
3. Javeradas y novena de la Gracia: del 4 al 12 de marzo.

4. Jornadas pastorales en Javier: delegaciones diocesanas.
5. Proyecto diocesano misionero-solidario con Ruanda (Hospital de Nemba), colecta 2 de abril.
6. Retiros espirituales.
7. Materiales pastorales:
 - «Guía pastoral diocesana».
 - «Tras las huellas de Javier». Programa escolar completo.
 - «Catequesis».
8. Peregrinación diocesana a Goa, India del 29 de septiembre al 12 de octubre.
9. Encuentro interreligioso.
10. Programa cultural en Navarra (colaboración con la Compañía de Jesús y el Gobierno de Navarra). Encuentros, congresos, conciertos, exposiciones...

habitantes. Será para vosotros un jubileo» (Lev 25, 10). El año jubilar significaba en Israel la liberación de los esclavos así como la remisión de todas las deudas. Se celebraba cada cincuenta años. Era un año alegre, de gracia y perdón, para que Dios concediera a todos su misericordia.

Con Cristo llegó el jubileo definitivo. Desde hace muchos siglos la Iglesia celebra en cada jubileo la gracia que Cristo nos consiguió con la entrega de su vida: la remisión de todos nuestros pecados.

En los primeros siglos, los cristianos que estaban en tiempo de penitencia, buscaban la intercesión de otros cristianos y sobre todo de los mártires, para que les ayudasen en sus penitencias. En virtud de estas intercesiones se les aplicaba la indulgencia disminuyendo el tiempo y la exigencia de la penitencia.

Posteriormente, teniendo como fundamento esta

idea, se pensó que la intercesión de María Santísima, de los santos y del mismo Jesucristo, podían ayudarnos a conseguir la purificación de nuestros pecados para alcanzar la comunión con Dios y gozar de su presencia. De este modo, el Papa y los obispos, en virtud de su ministerio apostólico, piden que esta intercesión, tesoro espiritual de la Iglesia, nos ayude, ya en esta vida, a conseguir la purificación de lo que en cada uno hay de inclinación al mal o de resistencia a la perfección de la piedad y al amor.³

Por todo ello, la indulgencia consiste en el reconocimiento del valor de la oración de unos por otros, en el convencimiento de la eficacia que la oración

3. Cartas desde la fe. Sebastián Aguilar Fernando, 2005.

CALENDARIO DIOCESANO DE CELEBRACIONES

AÑO 2005

DICIEMBRE

- 2 de diciembre: apertura
- 3 de diciembre: fiesta de san Francisco Javier, Eucaristía.
- 4 de diciembre: Día de los Misioneros.

AÑO 2006

FEBRERO

- 4 de febrero: Día de la Vida Contemplativa y/o Consagrada.
- 11 de febrero: VI Asamblea de la CONFER Regional de Navarra.
- 18 de febrero: Día del Catequista.
- 23 de febrero: Retiro Sacerdotal.

MARZO

- 3 de marzo: Llegada de la reliquia del brazo de san Francisco Javier. Aeropuerto de Noain.
- 4 al 12 de marzo: novena de la Gracia.
- 5 de marzo: primera Javierada.
- 11 de marzo: segunda Javierada.
- 19 de marzo: Javierada de la Tercera Edad.

ABRIL

- 2 de abril: proyecto diocesano misionero con Ruanda.
- 7 de abril: **Vº centenario del Nacimiento de san Francisco Javier.** 12.00 Repique de campanas en todos los templos de Navarra.
- 20 de abril: despedida de la reliquia del brazo del santo.

- 30 de abril: Día de la Familia.

MAYO

- 6 y 7 de mayo: encuentro diocesano de juventud y vocacional.
- 20 de mayo: Javierada escolar.

JUNIO

- 4 de junio: Javierada de los enfermos.
- 25 de junio: reunión de todos los Javier.
- 26–30 de junio: Ejercicios espirituales para Misioneros OMP.

AGOSTO

- 3 de agosto: encuentro de misioneros navarros

SEPTIEMBRE

- 3 de septiembre: reunión de instituciones que lleven por nombre *Francisco de Javier*.
- 16 de septiembre: jornada de grupos y movimientos de apostolado seglar.

OCTUBRE

- 8 de octubre: encuentro de Auroros de Navarra.
- 22 de octubre: DOMUND: Día Mundial de la Propagación de la Fe.
- 29 de octubre: Jornada de la Juventud.

NOVIEMBRE

- 30 de noviembre, 1 y 2 de diciembre: Encuentro Interreligioso.

DICIEMBRE:

- 3 de diciembre: **clausura del Año Jubilar Javeriano.**

tiene en la intercesión de Jesucristo y de los santos a favor de los hombres.

Con motivo del quinto centenario, el Papa concede a los católicos navarros, y a cuantos peregrinen a los lugares designados (catedral de Pamplona, basílica situada en el castillo de Javier y parroquia en la que el santo fue bautizado), la posibilidad de alcanzar la indulgencia plenaria.

La obtención de la indulgencia jubilar, signo característico del Año Santo como manifestación de la misericordia de Dios-Padre que sale con amor al encuentro de cada ser humano, requiere para su obtención:

- La celebración de la confesión sacramental (en la parroquia o en otra iglesia)
- La participación en la Eucaristía celebrada en la catedral, en la basílica o en la parroquia de Javier; también de otra celebración litúrgica (Laudes o Vísperas) o ejercicio de piedad (Vía Crucis, Santo Rosario)
- La visita a hermanos necesitados o con dificultades (enfermos, encarcelados, ancianos...) durante un tiempo conveniente.
- Oración por las intenciones del Santo Padre

La indulgencia jubilar también puede obtenerse por otros medios aparte de los indicados: abstinencia de cosas superfluas, entregando una cantidad de dinero a los necesitados, sosteniendo obras de carácter religioso o social, dedicando una parte conveniente del tiempo libre a actividades en beneficio de la comunidad o practicando otras actividades de sacrificio personal

Con el ejemplo y la intercesión de san Francisco Javier, el Año Jubilar Javeriano puede ser un año de gracia para todos los que peregrinen a Javier y para la Iglesia en Navarra. Es un momento para crecer en el amor a Dios y a su Iglesia, en el amor a Dios y al prójimo. «Este año tiene que ser un año de crecimiento en la piedad, en el apostolado y en las obras de misericordia, un año de renovación espiritual y apostólica de nuestras parroquias. Para mayor gloria de Dios y bien de todos.»⁴ Que santa María de Javier, venerada en la parroquia en la que fue bautizado san Francisco Javier y ante la que en tantas ocasiones rezó, nos ayude y acompañe en este Año Jubilar.

4. Cartas desde la fe. Sebastián Aguilar Fernando, 2005.

La Iglesia misionera

La razón de esta actividad misionera se funda en la voluntad de Dios, que *quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos* (1 Tim 2,4-6), y *en ningún otro hay salvación* (Act 4,12). Luego es necesario que todos se conviertan a El, una vez conocido por la predicación de la Iglesia, y se incorporen por el Bautismo a El y a la Iglesia, que es su Cuerpo. Porque Cristo mismo, «al inculcar expresamente la necesidad de la fe y del bautismo (cf. Mc 16, 16; Io 3,5), confirmó a un mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una única puerta obligada. Por ello no podrían salvarse quienes, sabiendo que la Iglesia católica fue instituida por Jesucristo como necesaria, desdeñaren entrar o no quisieren permanecer en ella». Y porque si bien Dios puede conducir por los caminos que sólo El sabe a los hombres, que ignoran el Evangelio inculpablemente, hacia la fe, *sin la cual es imposible agradarle* (cf. Hebr 11,6), la Iglesia tiene el deber (cf. 1

Cor 9,16), a la par que el derecho sagrado, de evangelizar; y, por lo tanto, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su eficacia y su necesidad.

Gracias a ella, el Cuerpo Místico de Cristo reúne y ordena indefectiblemente sus energías, para su propio crecimiento (cf. Ef 4,11-16). Los miembros de la Iglesia son impulsados a su consecución por la caridad con que aman a Dios, y por la cual desean comunicar con todos los hombres en los bienes espirituales, tanto de la vida presente como de la futura.

Y, por fin, mediante esta actividad misionera se glorifica a Dios plenamente, al recibir los hombres, deliberada y plenamente, su obra salvadora, que ha completado en Cristo. Así se realiza, por medio de ella, el plan de Dios, al que sirvió Cristo con obediencia y amor para gloria del Padre que lo envió, para que todo el género humano forme un solo Pueblo de Dios, se constituya en único Cuerpo de Cristo, se estructure en único templo del Espíritu Santo.

Concilio Vaticano II: Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia

La resurrección de Lázaro

RAMÓN GELPÍ

Vamos a contemplar este episodio tan fundamental en la vida de Jesús, y vamos a comentar las circunstancias singulares de esta narración. Por falta de espacio no incluimos esta vez el texto evangélico. Recomendamos, por tanto, su lectura por separado (Jn 11,1-44). Es un texto tan rico en detalles y matices, que ha sido siempre motivo de piadosas meditaciones.

Los peregrinos de Tierra Santa visitan en Betania la iglesia y la tumba de san Lázaro. La iglesia se supone aproximadamente en el lugar en que se encontraba la casa. Junto a esta iglesia existe un antiquísimo molino de aceite, que aunque no es contemporáneo de Jesús, permite pensar en que probablemente la casa pudo contar con instalaciones parecidas y algún tipo de explotación agraria. La familia de Betania tenía sin duda una buena situación económica y social; tal parece deducirse de la narración evangélica, y sobre todo en lo descrito por san Juan a partir de la resurrección de Lázaro.

La tumba está algo apartada del lugar en que se encontraba la casa. Es lógico dadas las costumbres judías con respecto a las sepulturas. Se da la circunstancia de que esta tumba se encuentra ubicada bajo una mezquita, y por ello, en principio sin acceso. Sin embargo, gracias a un acuerdo entre las distintas confesiones, algo frecuente en Tierra Santa gracias a la Custodia de los franciscanos, se puede visitar utilizando un acceso lateral, que llega a la tumba por una larga escalera subterránea.

La resurrección de Lázaro es sin duda el milagro más importante de Jesús. No es la única resurrección descrita en los evangelios. En Mt 11, 5 dice Jesús a los enviados de san Juan Bautista: «Los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, *los muertos resucitan* y los pobres son evangelizados». En los Evangelios, además de la resurrección de Lázaro, hay constancia de al menos dos resurrecciones: la del hijo de la viuda de Naim (Lc 7,11-17) y la hija de Jairo (Mt 9 y Mc 5).

Sin embargo, la resurrección de Lázaro constituye un milagro especialmente relevante. No se trata de resucitar a alguien que acaba de morir y está aún en el lecho de muerte. Lázaro llevaba cuatro días muerto y estaba enterrado. Una creencia judía extendida en tiempo de Cristo suponía que la separación

entre el alma y el cuerpo se producía después del tercer día. Por tanto, a los ojos de los que lo vieron, el milagro que hizo Jesús con Lázaro era más evidente, si cabe, que las otras resurrecciones descritas en los evangelios.

Es sorprendente, sin embargo, que un hecho tan importante no sea narrado por los otros evangelistas. Esto ha servido a los relativistas como pretexto para negar la autenticidad histórica, y pretenden convertir el relato en una especie de parábola. No es este el lugar para entablar una controversia escriturística, pero debemos advertir que la descripción que hace san Juan es de una minuciosidad, y riqueza de detalles que sólo son posibles en alguien que explica algo que ha vivido personalmente. Lo contrario sería admitir que san Juan miente de forma realmente perversa, y esto no lo puede pensar nadie que de verdad sea creyente. Hay que buscar, por tanto, una explicación razonable en la seguridad de que existe.

En primer lugar hay que advertir que el silencio de los otros evangelistas, no puede ser nunca un argumento sólido para desmentir al que sí lo narra. Este silencio puede ser debido a alguna causa que lo justifique, y aunque no logremos descubrirla, podemos y de hecho debemos tener por cierta la narración de san Juan, considerada por la Iglesia católica como inspirada.

Nosotros vamos a esbozar una explicación, perfectamente verosímil. No es la única posible, pero a la vez sirve muy bien para la contemplación de la vida de Cristo que estamos desarrollando, y por esto nos detenemos un poco en ella:

Jesús resucita a un hombre que ya está legalmente muerto. La administración romana era rigurosa con los censos; recordemos el de Cirino que motivó el nacimiento de Jesús en Belén. Lázaro, una vez resucitado, se encontró en una situación de clandestinidad. Pero, aún hay un argumento más claro. San Juan dirá que Lázaro es también perseguido por los judíos: «Conoció luego una gran muchedumbre de judíos que Jesús estaba allí, y acudieron no sólo para ver a Jesús, sino también a Lázaro, a quien resucitara entre los muertos. Entonces los jefes de los sacerdotes acordaron matar también a Lázaro, pues a causa de éste, muchos judíos los abandonaban y creían en Jesús» (Jn 12, 9-11). Así pues, Lázaro sin duda debió de ocultarse. Evidentemente, matar a un hom-



bre legalmente muerto, debía resultar realmente fácil para los que, en cambio, no tuvieron autoridad para condenar a muerte a Jesús.

Los evangelios de san Mateo y san Marcos fueron escritos en plena persecución en Jerusalén (véanse los Hechos de los Apóstoles). Recordemos que estos evangelios procedían de la enseñanza oral. En ella, posiblemente se narraría de viva voz la resurrección de Lázaro (sin duda, con menos detalles de los que más tarde aportará san Juan), pero una vez escrito el texto evangélico, este pasaje debió de quedar suprimido por razones de prudencia; incluso los evangelios aprendidos de memoria debieron omitir esta referencia. La familia de Betania debió de vivir escondida algún tiempo hasta que, en un momento dado, y según una muy arraigada tradición, pudieron ser apresados y embarcados, o tal vez ellos mismos pudieron huir. El hecho es que su rastro aparece algún tiempo más tarde en la Provenza francesa, desde Marsella hasta Aix, donde se venera su obra evangelizadora. A san Lázaro se le rinde culto como el primer obispo de Marsella.

Hay todavía otra referencia digna de consideración. Se trata del evangelio de san Lucas. El escritor J.M. Igartua le atribuye al pasaje del mendigo y el rico (Lc 16,19-31), una especie de sentido en «clave» sobre el hecho de la resurrección, transmitido de palabra pero ocultado en los escritos. En su obra *El Misterio de Cristo* escribe:

«... Esta parábola, original entre las demás, es la única en la que el protagonista aparece con su nombre personal... en ninguna otra hallamos nombre alguno personal sino en ésta, y es precisamente el de Lázaro... no es casual el nombre...».

«... el nombre de Lázaro en la parábola puede transformarse en una alusión –indirecta– a la resurrección del Lázaro de Betania, pues dicha parábola termina así: Te ruego padre Abraham, que envíes [a Lázaro] a mis hermanos para avisarles de lo que aquí –el infierno– les espera y se arrepientan... padre, si va un muerto a avisarles harán penitencia. Responde Abraham: Si no oyen a Moisés y los Profetas, *aunque resucite un muerto* (Lázaro, en este caso), *no le creerán* (Lc 16,30-31)».

¿Por qué san Lucas, al narrar la parábola explicada por Jesús, había de utilizar esta especie de «clave» con el nombre del mendigo? Esta clave, si se refería a Lázaro de Betania, debía haber alguna razón para que no pudiera escribirse, y esta razón podría ser la misma que hemos explicado referente a san Mateo y san Marcos.

Resumiendo: se puede establecer como probable la cronología siguiente:

– Jesús resucita a Lázaro y es celebrado por amigos, vecinos y discípulos durante algunos días.

– Se produce la cena en casa de Simón el leproso (Jn 12,1-11; Mt 26,6-13; Mc 14,3-11) en Betania, estando Lázaro entre los convidados. San Juan referirá la decisión del pontífice de matar a Lázaro (Jn 12,10). Este se oculta.

– Los evangelios de san Mateo y san Marcos se escriben sin la referencia a la resurrección de Lázaro.

– San Lucas escribe su evangelio, indagando los hechos por su cuenta, durante un tiempo en que se hallaba en Jerusalén, con san Pablo encarcelado. San Lucas todavía no narra la resurrección, pero da un texto en «clave» para ser comprendido por los que conocen la evangelización oral.

– La familia de Betania aparece en la Provenza francesa. Dice una tradición que fueron capturados y embarcados, etc.

– Ya no hay razón para ocultar la resurrección de Lázaro. Más tarde, después de la destrucción de Jerusalén, san Juan escribe su evangelio, completando a los anteriores. Él sí describe el hecho, con toda clase de detalles.

Toda esta deducción, naturalmente puede no ser exacta. No es la única explicación posible. Pero el hecho de que exista una, nos demuestra que las prevenciones de los relativistas están fuera de lugar. A nosotros, en cambio, nos ayuda para nuestra finalidad contemplativa. Nos hace sentir más cerca de esta familia de Betania, los amigos de Jesús.

Luis XIV y su confesor, el padre La Chaise, se niegan a cumplir los encargos del Corazón de Jesús

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

Especiales encargos del Corazón de Jesús para Luis XIV y su confesor el padre La Chaise

SANTA Margarita María escribía el 28 de agosto de 1689 a la madre De Saumaise y le transmitía los encargos del Corazón de Jesús, con la indicación de las personas que le había dicho debían llevarlos a cabo, para que su antigua superiora se los hiciera llegar: «Este divino Corazón... le ha escogido (a Luis XIV) como su fiel amigo para hacer autorizar la Misa en su honor por la Santa Sede apostólica», y en la carta indicaba el medio de acceder al rey: mediante su confesor, el jesuita padre La Chaise, pues «Dios ha escogido al reverendo padre De la Chaise para la ejecución de este designio, y por el ascendiente que le ha dado sobre el corazón de nuestro gran Rey, ha de ser él quien lleve a cabo la empresa, procurando esta gloria al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.» Y añadía la recompensa que, tanto el confesor real como toda la Compañía de Jesús, recibirán por su gestión: «Si este gran siervo de su divina Majestad (el padre La Chaise) emplea el poder que le ha dado para procurarle el contento que tan ardientemente desea, puede estar seguro de que jamás habrá hecho acción más útil a la gloria de Dios, más provechosa para su alma, ni de la cual reciba mayor recompensa él y toda su santa Congregación, por los grandes tesoros de gracia y bendiciones que este Sagrado Corazón derramará sobre ella» (carta 107 a la madre De Saumaise, 28 de agosto de 1689).

Ni el orgulloso rey ni su complaciente confesor se dignaron atender la petición del Corazón de Jesús, y despreciaron sus ruegos y promesas. En el trono del primero, al siglo exacto de su negativa, se desataba la gran Revolución que decapitaría al sucesor de la quinta y última generación de su dinastía. Lucía de Fátima, tratando de su también entonces desoída petición de consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María, hace referencia a este encargo desoído, y dice que Jesús le reveló: «No quisieron atender a mi súplica, como el rey de Francia se arrepentirán, y lo harán después, pero será tarde».

La congregación del jesuita confesor del rey, en

un principio, tampoco quiso aceptar el encargo suavísimo que el Corazón de Jesús le encomendaba, encargo que, como hemos visto, a lo largo de un siglo sólo fue atendido de modo individual, aunque ejemplar, por un reducido y entusiasta grupo de sus miembros, perdiendo así la Compañía la recompensa que se le anunciaba. Por el contrario, sufriría difamación, persecución y destierro, y sólo al cabo de casi cien años, su prepósito general padre Ricci, presagiando la ya inminente disolución, se encomendó a la misericordia del Corazón de Jesús, aceptando entonces su encargo en nombre de toda la orden.

San Pío V, el beato Inocencio XI, el beato Pío IX y san Pío X soportaron opresión y tribulación por oponerse a las pretensiones de poderes políticos anticristianos

POCOS papas en los últimos cinco siglos han sido elevados al honor de los altares; entre ellos san Pío V, promotor de la victoria de Lepanto y de la advocación de Nuestra Señora del Rosario; el beato Inocencio XI, defensor de Viena y Belgrado frente al turco e introductor de la fiesta del Santísimo Dulce nombre de María; el beato Pío IX, debelador del liberalismo y definidor de la Inmaculada Concepción, y san Pío X que, ahora hace un siglo, condenó la funesta doctrina liberal de separación de la Iglesia y el Estado, hoy por tantos incuestionada, y que de hecho supone la sumisión de aquella a éste.

Todos ellos, como vicarios de Jesucristo y ángeles custodios de su esposa la Iglesia, en defensa de sus derechos, anteriores y superiores al Estado, no dudaron en soportar opresiones y tribulaciones antes que doblegarse a las inicuas pretensiones de los poderes políticos antiteocráticos de su tiempo. San Pío V en el siglo XVI desligó a los católicos ingleses de su deber de obediencia a la reina Isabel I Tudor, sanguinaria perseguidora, que llenó de mártires su isla; Pío IX en el XIX excomulgó a Víctor Manuel de Saboya, instrumento de la masonería internacional en su plan para destruir al Pontificado. En el comienzo del siglo XX, san Pío X, sabiendo que la per-

secución es la gloria de la Iglesia, condenó solemnemente el radicalismo anticlerical que expulsaba la fe cristiana de la vida social en Francia y creaba la Iglesia del Estado. También en el siglo xvii el admirable pontífice y beato Inocencio XI, émulo del gran Gregorio VII como defensor de la Iglesia, mostró su don de fortaleza al enfrentarse y excomulgar en privado al todopoderoso Luis XIV por sus intentos de someter a la Iglesia de Dios a sus proyectos de orgullo humano al servicio de la gloria de Francia.

Inocencio XI envió en 1680 reiterados breves a Luis XIV instándole a revocar sus decretos sobre las regalías, y, aunque le alababa por sus esfuerzos en erradicar la herejía calvinista, le requería a «no destruir con la izquierda lo que construía con la mano derecha». Mostrando haber recibido también de Dios el don de profecía, advertía al orgulloso monarca que, si no arrancaba de una vez de su política la mala hierba de la regalía, podía morir sin descendencia, terminando así: «Guárdese el Rey de la ira del cielo; el Papa no se dejará apartar por nada ni por nadie de sus principios, antes bien estará pronto a soportar con ánimo alegre todas las opresiones por amor a la justicia, pues defiende la causa de Dios, y no busca provecho propio, sino el de Jesucristo.» Luis XIV no salía de su asombro, pues nadie hasta entonces se había atrevido a emplear tal lenguaje contra el soberano más poderoso de la tierra.

Obsesión política de Luis XIV por suplantar a los Habsburgo en el Imperio

INOCENCIO XI, que estimaba personalmente a Luis XIV, se hallaba preocupado por la salud de su alma. Como le tenía por el único capaz de derrotar a los otomanos, le había reservado el papel decisivo de acabar definitivamente con el poderío del mortal enemigo de la Cristiandad. Por eso, lo que más le hacía sufrir, era ver como este monarca «cristianísimo» en quien tenía puestas sus esperanzas, estuviera aliado con los enemigos de la fe católica: turcos y protestantes.

Al santo pontífice le indignaba la política del Rey Sol de atenazar a Austria, propiciando que el islam invadiera la Europa central católica por el sur y el este, y que la Reforma, ganando nuevos países, con la subsiguiente pérdida de almas y cuerpos de millones de católicos, lo hiciera por el norte y el oeste, todo ello en aras de alcanzar su obsesivo objetivo de reducir a los Habsburgo de Austria a la impotencia política y militar en que se hallaba ya su rama española. Luis XIV pensaba que, una vez vencida y humillada su dinastía rival austriaca, encabezando él entonces los ejércitos cristianos, podría cumplir

los deseos del pontífice de destruir el imperio turco, y así ser reconocido como emperador cristiano, recuperando para su dinastía y Francia el título que ostentó Carlomagno.

Pero, si en esta línea de actuación en la política europea poco podía hacer directamente el Papa, sí debía actuar en defensa de la libertad del gobierno de la Iglesia, y por ello se hallaba aún más escandalizado por la política religiosa galicana de Luis XIV de someter a su voluntad a la Iglesia en Francia, desligándola de su obediencia a la Santa Sede, y poniéndola en la peligrosa pendiente que tendía a llevarla al borde del cisma.

«Los obispos permanecían mudos y acarreaban sobre ellos una deshonra e infamia digna de eterno olvido»

LA Asamblea del Clero Galicano, promovida por Luis XIV, suscribía los cuatro artículos redactados por Bossuet, y aprobaba la extensión a todo el reino del regalista derecho de la corona de nombrar los cargos eclesiásticos y distribuir sus beneficios. Tras la inutilidad de sus gestiones diplomáticas, promulgó Inocencio XI un breve dirigido a la Iglesia en Francia en el que, citando la Escritura, exclamaba: «Los hijos de mi madre han batallado contra mí», y en el que recriminaba a los obispos franceses haber mostrado miedo donde nada había que temer, pues según sus propias palabras Luis XIV era devoto y temeroso de Dios; y se admiraba de que ni siquiera hubieran intentado resistirle, sino que ante él se habían declarado vencidos de antemano. El Papa preguntaba a los preladados: «¿Quién de vosotros ha salido a la arena a luchar la batalla por la Casa de Israel? ¿Quién se ha atrevido a dar sólo una voz para defender las libertades de la Iglesia? Se ha hablado unánimemente a favor del derecho real, y las voces que se han oído han sido sólo las de los siervos del Rey, mientras los obispos permanecían mudos y acarreaban sobre ellos una deshonra e infamia digna de eterno olvido para que no sea perpetuo monumento de baldón para el clero francés».

Inocencio XI amonesta a Luis XIV y le advierte proféticamente de que puede morir sin sucesión si no extirpa de su reino la mala hierba de la regalía

EL Papa, por medio del nuncio, encargó al general de los jesuitas que advirtiera de lo escandaloso de esta política al confesor real padre La Chaise, instrumento decisivo de la política

eclesiástica de la corte de Versalles, que en la cuestión de las regalías, como en casi todo, estaba de parte del monarca, pero el complaciente jesuita, hizo caso omiso de los requerimientos del Papa, y no puso la más mínima objeción que contrariase los proyectos reales. Pese al breve de Roma, Luis XIV mantuvo el edicto de 1682 y ordenó que los cuatro artículos galicanos fueran enseñados en todas las facultades de teología de Francia. El Papa encargó al nuncio en París le notificase al padre La Chaise de que se admiraba de que en tales circunstancias pudiera serle dada la absolución al monarca en confesión, pero el padre La Chaise se limitó a informar al Rey que su orden enseñaría los cuatro artículos, pero interpretándolos de tal modo que en Roma no pudieran darse por ofendidos.

Resolvió entonces el Papa dirigirse directamente al Rey Sol, advirtiéndole proféticamente de que si no extirpaba de su reino la mala hierba de la regalía, podía morir sin sucesión. Al recibir la carta por medio de su confesor, Luis XIV la leyó contrariado, pero no prestó a su contenido mayor atención, pues, como esplendoroso astro rey, tenía entonces a su alrededor una numerosa constelación de descendientes.

Años más tarde, en 1687, Luis XIV cayó del caballo, e Inocencio XI, que quería pensar que el rey era víctima de los engaños de sus ministros y de su entorno clerical, decepcionado por la conducta del padre La Chaise, escribió al nuncio: «Haga saber a Madame de Maintenon, que quizás tiene el celo que no tiene el P. La Chaise, que advierta al Rey que el accidente de la caída es un aviso del cielo.» Tampoco esta clara advertencia fue atendida por el Rey. Inocencio XI, quien en todo su pontificado no quiso saber lo que es negociar transigiendo con los derechos de Dios y de su Iglesia, murió en 1689, siendo tenido por todos como santo, pero el rencoroso Luis XIV se opuso reiteradamente a las propuestas de iniciar entonces su proceso de beatificación.

«Considero una nueva y auspiciosa bendición del Cielo el nacimiento de mi segundo biznieto.»

LE sucedieron papas más benévolos con el galicanismo del monarca que llegaron con él a ciertas transacciones. Veinte años después, en 15 de febrero de 1710, Luis XIV, que daba por canceladas las funestas admoniciones de Inocencio XI, escribía complacido al cardenal De Noailles, arzobispo de París: «Considero una nueva y auspiciosa bendición del cielo el nacimiento de mi segundo biznieto, el duque de Anjou.» El perió-

dico cortesano *El Mercurio* asentía adulator: «Los cielos bendicen la posteridad del monarca». Así parecía a los ojos humanos, pues Luis XIV tenía por entonces asegurada su descendencia con tres generaciones de príncipes legítimos: el heredero, Gran Delfín, con sus tres hijos: el mayor, duque de Borgoña, el mediano, antiguo duque de Anjou, ahora rey de España como Felipe V, y el pequeño, duque de Berry. Su nieto mayor, el duque de Borgoña tenía a su vez dos hijos: sus dos biznietos: el duque de Bretaña y el nuevo duque de Anjou.

Solemnes funerales comienzan a sucederse en la Corte

PERO el desprecio de las proféticas advertencias del santo pontífice Inocencio, dichas como Vicario de Cristo en defensa de su Iglesia, no iba a ser vano. Al año siguiente, las pretendidas bendiciones se tornaban en negros duelos, y Luis el Grande debía presidir los funerales de su proge- nie que, uno tras otro, comenzaron a sucederse en la corte de Versalles. El 8 de abril de 1711 su hijo y heredero, el Gran Delfín moría de viruelas. El título de delfín heredero pasó entonces al hijo de éste, el duque de Borgoña, y el de delfina a su esposa Adelaida de Saboya. Poco duraría este delfinado, pues en febrero de 1712 morían ambos, víctimas del sarampión. Luis XIV confesaba consternado al arzobispo de París: «En menos de seis días he perdido a mi nieto el Delfín y a mi nieta la Delfina, ¡qué golpe tan tremendo!»

En nueve meses habían desaparecido dos generaciones en su línea directa de sucesión: su hijo y su nieto. Los herederos de la corona debían ser ya sus biznietos, dos principitos huérfanos: el duque de Bretaña, convertido en tercer delfín tras la muerte de los dos anteriores, su abuelo y su padre; y el enfermizo duque de Anjou. Pero, un mes después de la muerte de sus padres, el 7 de marzo, este triste panorama se oscurecía aún más: aparecieron manchas rojas en el cuerpo del mayor de los huérfanos. Cinco eminencias, llamadas urgentemente a Versalles, se apresuraron a ayudar a los médicos de la Corte a sangrar copiosamente al pequeño Delfín, es decir, a matarlo. Sólo quedó el benjamín duque de Anjou, también atacado de sarampión. Si sobrevivió, se debió a la negligencia de estos médicos, que, empeñados en salvar al hijo mayor, se olvidaron del pequeño, y cuando al fin le llegó el turno para ser a su vez sangrado, su aya, la duquesa de Ventadour, se lo arrebató de sus manos a la fuerza, oponiéndose a que sangrasen a un niño de dos años tan débil, y lo protegió en su seno; eso le salvó.

Pero este infante, en quien ahora descansaba la esperanza de la monarquía, era sólo un cadáver viviente, su respiración era un hálito apenas perceptible, y nadie creía que pudiera vivir. Si, como se esperaba, hubiera muerto, la sucesión hubiera recaído en su tío el duque de Berry, nieto menor del rey, a quien éste en privado reconocía confiadamente: «Ya sólo os tengo a vos.» Ante tan escasas expectativas de supervivencia, el desolado Rey Sol no se atrevió por entonces a dar la condición oficial de delfín a este niño enfermo, pues el título de heredero lo reservaba a su nieto el duque de Berry. Pero, para colmo de desgracias, también esta su última esperanza se frustró pronto, pues este duque, cazador empedernido, en 1714 cayó del caballo, quedó malherido, y al poco murió.

Los recuerdos y remordimientos de Luis XIV en el ocaso de su esplendor

LUIS XIV, ya declinante, viendo como en cuatro años desaparecía sucesivamente su numerosa descendencia, reducida ya a un enfermizo biznieto de tres años, habría lamentado, sin duda, no haber hecho caso de los requerimientos del santo papa Inocencio XI, y de su advertencia en que aludía a su muerte sin sucesión si no mudaba de conducta. Recordaría también Luis XIV en su ocaso, el encargo que en el año 1689 le hizo Jesús, a través de santa Margarita María, de que, como monarca «*cristianísimo*» de la nación que se gloriaba de ser la «*hija primogénita de la Iglesia*», solicitara personalmente del santo Pontífice Inocencio XI, la instauración de la fiesta de su Sagrado Corazón, y cómo, tras su negativa a complimentarlo, en ese mismo año de 1689, comenzó a declinar la estrella de su reinado y de su estirpe. Declinar que, al cabo de un siglo exacto, en 1789, había de concluir con el rodar de la cabeza de la última generación de su estirpe por las gradas de la guillotina. Si dice la Escritura que Dios puede castigar las culpas de los padres hasta en la cuarta y quinta generación, el infeliz Luis XVI presidía la quinta generación de Luis XIV.

Un enfermizo huérfano de cinco años sucede a su bisabuelo Luis XIV el Grande en el trono de Francia

VIENDO casi extinguida su sucesión legítima, y temiendo que con su muerte la corona pasase a la odiada rama de los Orleans, Luis XIV se apresuró en legitimar a sus bastardos, nacidos de adulterio con sus queridas, mientras una co-

rriente «*legitimista*», contraviniendo las cláusulas del tratado de Utrecht, alentaba en secreto las pretensiones del antiguo duque de Anjou, el rey de España Felipe V. Pero poco después, el 1 de septiembre de 1715, moría Luis XIV, pasando a ceñir la corona de Francia su biznieto, huérfano de cinco años, con el nombre de Luis XV, quien fue puesto bajo la regencia de su tío el disoluto duque Felipe de Orleans.

La salud del endeble y melancólico huérfano inspiraba serias inquietudes, por lo que siguió bajo el cuidado de su aya Mme. de Ventadour, dama ya de edad, piadosa y respetable, a quien debía la vida, y a la que el niño llamaba mamá. Según el testamento del difunto rey, fue nombrado preceptor el antiguo obispo de Fréjus, Mons. du Fleury, un firme y amable anciano que era la indulgencia personificada, pero que le dio al niño una educación casi monástica, inculcándole tan sincera y profunda piedad, que el pequeño Luis, en una ocasión, mandó detener su carroza para arrodillarse en la calle ante el Santísimo Sacramento.

En 1723, cumplidos los catorce años, Luis fue declarado mayor de edad, y coronado en Reims. Había muerto su tío Felipe el regente, y su preceptor Mons. Fleury hizo que nombrase primer ministro al duque Luis Enrique de Borbón, a quien el anciano obispo pensaba dominar, pero este feo y desgarrado duque estaba ya del todo subyugado por su lujuriosa y ambiciosa amante, Mme. de Prie, mujer que pasaba por ser la más bella, astuta e inteligente de la corte, y que se convertía ahora en dueña y señora de nombramientos y prebendas.

Las damas cortesananas se reían de los temores del joven rey por el infierno, de su horror al jansenismo, y de su extraña honestidad. Al duque de Borbón le parecía desesperante la castidad de Luis, y eligió a varias de entre las más descocadas damiselas para seducirle, pero el príncipe se defendió enérgicamente, y no sucumbió ante sus artes y encantos. De la variedad de placeres que se le ofrecían Luis no quiso aceptar más que los de la caza y la mesa, y, protegido por el viejo obispo Fleury, se mantuvo casto hasta su matrimonio.

A narrar cómo se preparó el casamiento de Luis XV, de sus frustrados esponsales con su prima la infantita española María Ana Victoria, y de su sorprendente boda con la hija del destronado rey de Polonia, princesa María Lezcinska, elegida por el Corazón de Jesús para reina de Francia y promover así la autorización de su fiesta, y de las cruces de humillación y abandono con que la acompañó, dedicaremos, Dios mediante, los próximos artículos.



Pequeñas lecciones de historia

El Colegio de Javier: escuela apostólica de misioneros

GERARDO MANRESA

EN un número de la revista de la Compañía de Jesús *Jesuitas* correspondiente al año 2004 apareció el artículo que copiamos a continuación, que creo nos dará que pensar.

«Este año 2004 se cumplen cien años de la fundación de la Escuela Apostólica de Javier, en Navarra.

Fue en 1889 cuando el Castillo de Javier, cuna del Apóstol de Oriente, quedó en manos de la Compañía de Jesús por iniciativa de la duquesa de Villahermosa, en quien confluían las estirpes de Loyola, Javier, Borja, Gonzaga y Pignatelli.

Esta dama emprendió en Javier tres obras importantes: restaurar el castillo, construir una basílica en honor del santo y una escuela apostólica como semillero de vocaciones misioneras. Era la primera fundación de este género en España, que más tarde imitaron otras órdenes y congregaciones religiosas. Fue el impulso definitivo a una idea ya expresada por el primer superior de Javier, el P. Saturnino Iburguren. Este colegio o escuela apostólica fue inaugurado el día 10 de octubre de 1904.

Durante la disolución de la Compañía de Jesús por el gobierno de la Segunda República española, fueron clausurados el colegio y el castillo de Javier. La escuela, sin embargo, siguió funcionando en la localidad próxima de Sangüesa.

Sería interminable enumerar o detallar los frutos que a lo largo de los años fue dando el colegio apostólico. Aportemos algunas cifras significativas.

Al celebrarse el cincuentenario —el año 1954— habían pasado por Javier 1605 alumnos. De ellos 806 habían ingresado en la Compañía de Jesús (651 sacerdotes y 155 hermanos jesuitas), 26 en otras órdenes religiosas y 19 en el clero secular. En el 75 aniversario, eran ya 918 los jesuitas —padres y hermanos formados en Javier— y 32 los ingresados en otras órdenes religiosas. Sería interminable la relación de los que han ocupado cargos de relieve dentro de la Compañía: provinciales, rectores de universidades y colegios, profesores eminentes en centros educativos superiores y de segunda enseñanza, hombres de Letras y de Ciencias, directores de importantes obras apostólicas, etc..

Aquella fecunda Escuela Apostólica tuvo que acomodarse a los tiempos y terminó su ciclo en 1986. El edificio se transformó al año siguiente en centro pastoral y casa de Ejercicios Espirituales.

En la actualidad, diseminados por todo el mundo,

incluyendo las provincias de España, hay cerca de 250 jesuitas «javierinos», como gustan llamarse. Hay que destacar a los que ejercen su apostolado en India, Filipinas, África, Japón, Centroamérica, Venezuela, etc.

Al cumplir los cien años de su fundación, un grupo de antiguos “javierinos” pensó que la efemérides merecía la pena celebrarse. (..)

Con este motivo, el actual Padre General de la Compañía, Peter-Hans Kolvenbach, ha enviado un mensaje en el que señala: “En su momento, las circunstancias hicieron que este Colegio Apostólico concluyera el ciclo histórico para el que fue fundado. Ha sido un largo período en el que se formaron futuros hombres de Iglesia, que iniciaron su formación en Javier, sin olvidar a los muchos seglares que, desde su puesto en la sociedad, han dado y siguen dando testimonio de un espíritu apostólico, en buena medida adquirido en Javier. No es posible, pues, que en este centenario no sintamos el gozo de agradecer al Señor la obra realizada en Javier”.»

No hace falta hacer muchos números para ver que, en los primeros cincuenta años de este colegio apostólico, más del 50% de los alumnos ingresaron en la Compañía de Jesús e, incluso hasta los 75 años de la institución, los frutos misioneros fueron importantes, aunque ya disminuyó el porcentaje.

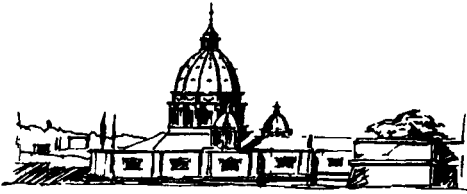
Esta era la intención primera de san Ignacio cuando dispuso que los jesuitas dedicaran parte de su energía en la enseñanza, no la formación de las clases altas de la sociedad, sino el fomento de las vocaciones para la Compañía.

Sería conveniente preguntarnos:

—cuál era el celo que ponían aquellos jesuitas, a pesar de todos sus defectos, para inflamar en ansias apostólicas a aquellos alumnos para que entregaran su vida por Cristo y por su Iglesia.

—qué ha cambiado en la Compañía de Jesús y en la sociedad para tener que cerrar un colegio apostólico con, podríamos decir, este «currículum».

Seguro que san Francisco Javier y todos los santos de la Compañía de Jesús, velaron, mientras le dejaron, por este centro y su fruto fue obvio. Debemos pedir al Señor que recuperemos las ansias apostólicas que hace cien años tenían aquellos santos jesuitas que permitieron la floración de varias generaciones de misioneros. Sólo así podremos esperar aquello que impetramos cada día en el Padrenuestro.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Adoración perpetua, «punto neurálgico de la vida de fe»

EL padre Alberto Pacini, rector de la iglesia de santa Anastasia en el Palatino, lleva cinco años realizando adoración eucarística perpetua en su parroquia y se ha convertido en sede de un nuevo movimiento de evangelización eucarística que ha extendido esta iniciativa a otras catorce iglesias de Italia.

Recientemente, el padre Pacini propuso al Santo Padre la creación de cinco lugares de adoración perpetua en los cinco sectores de la diócesis de Roma. El Pontífice agradeció profundamente la propuesta y el esfuerzo en la promoción de estas iniciativas, definiendo la «adoración perpetua» como «un punto neurálgico de la vida de fe en Roma» y animando a redescubrir que el «poder celebrar el sacrificio de Cristo y de este modo entrar en comunión sacramental, casi corporal, con Él pierde su profundidad y también su riqueza humana si falta la adoración, como acto que sigue a la Comunión recibida».

Pakistán: los ataques contra iglesias multiplican la asistencia a misa

SEGÚN informaba la agencia Zenit, la asistencia a misa se ha duplicado en las semanas posteriores al último atentado perpetrado contra una iglesia en el sureste de Pakistán.

Desde entonces, y desafiando estos actos de intimidación, más de mil fieles han acudido cada semana a la iglesia católica de Santa María, en Sukkur, que el 19 de febrero, junto con las aulas de la parroquia, fue reducida a una ruina calcinada.

Una turba de miles de personas pertrechadas con explosivos y bombas incendiarias se encaminaron a esta ciudad de la provincia de Sind, donde derribaron las verjas de la parroquia y prendieron fuego a todo lo que se interponía en su camino. Los atacantes se dirigieron a Santa María después de destruir el interior de San Salvador, la principal iglesia protestante de Sukkur.

Sólo quedaba espacio para permanecer de pie cuando el pasado domingo (5 de marzo) el obispo católico local, monseñor Max Rodrigues de Hyderabad, elogió a los fieles por su valor y su fe. En una conversación posterior mantenida con Ayu-

da a la Iglesia Necesitada, el obispo Rodrigues ha explicado: «Lo que está acaeciendo aquí, en Sukkur, demuestra hasta qué punto es cierto que la sangre de los mártires es la semilla que hace florecer la fe». «Son tiempos de persecución para esta Iglesia, y los cristianos de Sukkur están dejando claro que seguirán manteniéndose fieles a su fe pese a la violencia y la intimidación».

Alerta en Kenia por la formación de una nueva secta seudocatólica

EL obispo de la diócesis keniana de Kitale, monseñor Maurice Anthony Crowley, ha alertado a todos los fieles del país acerca de la reciente formación de una nueva secta seudocatólica. Se trata de la «Iglesia católica romana reformada», constituida el pasado febrero por un sacerdote católico suspendido, Godfrey Siundu.

En una carta dirigida a todos los obispos católicos de Kenia y al nuncio apostólico —el arzobispo Alain Paul Charles Lebeaupin—, el obispo Crowley advierte de que la secta, que ha rechazado las normas católicas, no guarda relación alguna con la Iglesia católica. «Dado que algunos de nuestros católicos están siendo llevados por mal camino», el obispo de Kitale pide en la misiva a sus hermanos en el episcopado «que planteen este asunto a sus fieles para que sepan la verdad».

Benedicto XVI anuncia su primer consistorio para crear quince cardenales

BENEDICTO XVI anunció el pasado 22 de febrero la celebración del primer consistorio de su pontificado para la creación de quince nuevos cardenales. El pontífice ha querido respetar el número máximo de 120 cardenales electores —con menos de ochenta años— establecido por Pablo VI en 1973, motivo por el cual entre los elegidos sólo hay doce futuros purpurados que no han cumplido esa edad. Los otros tres cardenales anunciados, que ya han cumplido 80 años, han sido nombrados, como dijo el mismo Papa, «en consideración de los servicios prestados a la Iglesia con ejemplar fidelidad y entrega admirable».

Tres de los futuros cardenales pertenecen a la

Curia romana y desempeñan cargos que ordinariamente implican la dignidad cardenalicia. Se trata de los arzobispos William Joseph Levada, estadounidense, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; Franc Rodé, C.M., esloveno, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica; y Agostino Vallini, italiano, prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica.

Los otros nueve futuros cardenales electores son pastores de importantes sedes episcopales. La variedad de sus orígenes, como indicó el Papa, «refleja la universalidad de la Iglesia». Cuatro son europeos: los arzobispos Jean-Pierre Ricard de Burdeos (Francia); Antonio Cañizares Llovera de Toledo (España); Stanislaw Dziwisz, antiguo secretario de Juan Pablo II, de Cracovia (Polonia); y Carlo Caffarra de Bolonia (Italia). Tres son asiáticos: los arzobispos Gaudencio B. Rosales de Manila; Nicolas Cheong-Jin-Suk de Seúl; y el obispo Joseph Zen Ze-Kiun, SDB, de Hong Kong. Dos son americanos: los arzobispos Jorge Liberato Urosa Savino de Caracas y Sean Patrick O'Malley, OFM, capuchino de Boston.

El Papa nombrará también tres nuevos cardenales con más de ochenta años (no electores): monseñor Peter Poreku Dery, arzobispo emérito de Tamale (Ghana), el arzobispo italiano Andrea Cordero Lanza di Montezemolo, arcipreste de la basílica de San Pablo Extramuros, antiguo delegado apostólico en Jerusalén y nuncio apostólico en Italia, y el teólogo y sacerdote Albert Vanhoye, S.I., quien fue rector del Pontificio Instituto Bíblico y secretario de la Pontificia Comisión Bíblica, donde trabajó de cerca con el cardenal Joseph Ratzinger cuando éste era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Prohibición de la «iglesia indígena»

MEDIANTE una carta dirigida al obispo de San Cristóbal de las Casas (México), Mons. Felipe Arizmendi Esquivel, la Santa Sede decidió poner punto final a la denominada «iglesia indígena», vinculada a la llamada «teología india», especialmente influyente en el sur de México, pero con importantes ramificaciones en América Latina.

La carta, firmada por el cardenal Francis Arinze, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, lamenta la influencia de la ideología de la «iglesia autóctona» heredada por Mons. Arizmendi de su predecesor, el Obispo Samuel Ruiz García, y señala que se debe suprimir la ordenación de diáconos permanentes. Mons. Ruiz prohibió a diversos movimientos y congregaciones religiosas actuar en la diócesis, desalentó se-

riamente las vocaciones al sacerdocio célibe, y sobre todo promovió la ordenación masiva de diáconos permanentes casados, asegurando que en poco tiempo la Iglesia terminaría por aceptar la práctica del sacerdocio casado que, según decía, respondía más a una visión de «iglesia autóctona» o «indígena».

Las constantes peticiones, dirigidas en ese sentido desde San Cristóbal de las Casas, obligaron a la creación en el Vaticano de una comisión interdicasterial que comenzó a deliberar en septiembre de 1993 y que llegó finalmente a una conclusión el pasado mes de octubre, bajo el pontificado del papa Benedicto XVI: no al intento de crear una «iglesia autóctona» inspirada en la llamada «teología india» o «teología de la liberación».

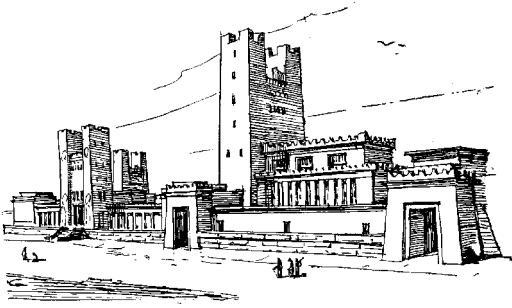
La elocuente carta del cardenal Arinze, publicada en el último número del boletín *Notitiae* del dicasterio, está dirigida a Mons. Arizmendi, pero extiende sus conclusiones a otras regiones, como Guatemala, Bolivia, Ecuador y Perú, donde también se vino promoviendo una «teología india» y una «iglesia autóctona».

Oración, ayuno y penitencia

DURANTE la Eucaristía e imposición de las cenizas con la que Benedicto XVI dio inicio a la Cuaresma, el Papa recordó «que la existencia cristiana es un combate sin pausa, en el que se utilizan las “armas” de la oración, del ayuno y de la penitencia». «Luchar contra el mal, contra toda forma de egoísmo y de odio, y morir a sí mismos para vivir en Dios es el camino ascético que todo discípulo de Cristo está llamado a recorrer con humildad y paciencia, con generosidad y perseverancia».

Como es tradición, la misa vespertina del Miércoles de Ceniza tuvo lugar en la basílica de Santa Sabina, en el monte Aventino de Roma, con la participación de cardenales, arzobispos y obispos, monjes benedictinos, padres dominicos, y fieles.

«El dócil seguimiento del divino Maestro hace a los cristianos testigos y apóstoles de paz – añadió el pontífice en la homilía –. Podemos decir que esta actitud interior nos ayuda a subrayar mejor también cuál debe ser la respuesta cristiana a la violencia que amenaza a la paz en el mundo (...) No es ciertamente la venganza, el odio, y menos aún la fuga en un falso espiritualismo. La respuesta de quien sigue a Cristo es más bien la de recorrer el camino que escogió Aquél que, ante los males de su tiempo y de todos los tiempos, abrazó con decisión la Cruz, siguiendo la senda más larga pero eficaz del amor (...) Siguiendo sus huellas y unidos a Él, todos tenemos que comprometernos en oponernos al mal con el bien, a la mentira con la verdad, al odio con el amor».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
SANTIAGO ALSINA

El episcopado de Uganda muestra cómo se impone el aborto en África

«**L**A peste del aborto amenaza nuestra tierra»: es la voz de alarma lanzada desde el episcopado ugandés, que se pregunta si los habitantes de los dieciséis países africanos que han ratificado el Protocolo de Maputo son conscientes de lo que han hecho sus legisladores.

En una carta abierta al gobierno y al pueblo de Uganda, difundida el 26 de enero con la firma del arzobispo Paul Bakyenga, de Mbarara, presidente de la Conferencia Episcopal del país africano, el organismo eclesial percibe la necesidad de sacar a la luz el contenido del protocolo sobre los Derechos de la Mujer en África, adoptado en la segunda sesión ordinaria de la Unión Africana en Maputo, el 11 de julio de 2003.

El protocolo implica que un texto legal se propone a todos los países de África para su incorporación a la legislación nacional de cada uno, así que la ratificación de este protocolo por parte de un país introduce en su ley nacional el derecho al aborto.

La carta del episcopado ugandés cita el artículo 14.2.c del Protocolo de Maputo, en el que bajo el título «Salud y derechos reproductivos», se establece «proteger los derechos reproductivos de las mujeres autorizando el aborto médico en casos de abuso sexual, violación, incesto, y cuando la continuación del embarazo ponga en grave peligro la salud mental y física de la madre o la vida de la madre o del feto».

La carta, fechada el 19 de enero, constata que dieciséis países africanos han ratificado tal protocolo. «Nos preguntamos, escriben los obispos en su misiva, cuántos de los ciudadanos de estos dieciséis países africanos son conscientes de la decisión de sus legisladores» y «de que la Unión Africana, con este protocolo, ha introducido el primer instrumento para articular expresamente un derecho de la mujer al aborto en circunstancias específicas».

«Creemos firmemente que el pueblo de África no desea ver tal protocolo introducido en sus leyes. Estamos seguros de que el pueblo de Uganda jamás lo desearía. Por eso vemos esencial sacar este asunto a la atención pública». Y es que Uganda ha firma-

do tal protocolo, pero aún no lo ha ratificado, por lo que aún el texto carece de fuerza legal en el país.

En los últimos meses la prensa ugandesa hablaba de «un posible cambio en la legislación» del país «que buscaría introducir la legalización del aborto y derribaría el artículo 22.2 de la Constitución». Ese punto constitucional «afirma y protege el derecho a la vida del más vulnerable de las personas humanas, el no nacido, recuerda la Conferencia Episcopal. Estamos seguros de que este artículo de nuestra Constitución refleja una convicción profundamente enraizada de los ugandeses y un valor fundamental de nuestra cultura».

Visto el contenido del Protocolo de Maputo, los prelados ugandeses expresan su convencimiento de que «sólo un proceso de educación coherente y no ambiguo respecto a una práctica de la sexualidad correcta y completamente humana puede detener la difusión de comportamientos que conducen a la violación, al incesto, al asalto sexual y, eventualmente, a “embarazos indeseados”».

Se trata de una observación que dirigen a padres, educadores, sacerdotes y a la sociedad civil en general. Igualmente alientan a todos los ciudadanos a plantear activamente a los candidatos que piden su voto preguntas específicas sobre sus intenciones respecto a la legalización del aborto en Uganda y la ratificación del Protocolo de Maputo.

«Animamos a todos los hombres y mujeres que comparten nuestras preocupaciones a condicionar específicamente sus votos a la seguridad y al compromiso de que el candidato no va a aprobar ninguno de los dos». «En el libro del Deuteronomio, Dios pone esta opción ante su pueblo: “Te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida, para que vivas tú y tu descendencia (Dt 30, 19)”, citan los obispos de Uganda. Nunca esta elección ha sido tan dramáticamente relevante para nosotros como ahora».

«Ante nosotros tenemos la opción y la responsabilidad de proteger la vida humana inocente e indefensa o de permitir que sea extinguida, abandonada o descuidada». «La peste del aborto amenaza nuestra tierra. Escribimos para alertar al gobierno y al pueblo de Uganda de esta amenaza y para apremiar a todos: ¡Elegid la vida!», concluye la carta.

La sangre de los mártires es semilla de cristianos: extremistas islámicos asesinan a sangre fría a seis cristianos en Filipinas

EXTREMISTAS islámicos asesinaron recientemente a sangre fría a seis cristianos del pequeño pueblo de Patikul, en la isla de Joló.

Según informa la agencia AsiaNews, órgano informativo del Instituto Pontificio de las Misiones Extranjeras, los atacantes, presuntos miembros del grupo terrorista Abu Sayyaf, cercano a Al Qaeda, tocaron a las puertas de las casas de la aldea preguntando si eran musulmanes o cristianos. Tras haber obtenido esta información, los atacantes regresaron para disparar contra los que se habían declarado cristianos.

El portavoz de las Fuerzas Armadas Filipinas, el general Alexander Aleo, ha confirmado la información, revelando que entre los fallecidos hay una niña de nueve meses. El militar explicó además que en el ataque resultaron heridas gravemente otras cinco personas, entre las que se encuentra un niño de tres años.

Abu Sayyaf es el grupo guerrillero más temido de cuantos operan en el sur de Filipinas. Desde su creación en 1991, la historia de Abu Sayyaf se ha escrito con la sangre de sus víctimas, entre ellos turistas y religiosos.

Prisa recibe del Gobierno casi la mitad de lo que el estado da a la Iglesia

EL grupo Prisa recibirá del Gobierno este año más de mil cuatrocientos millones de euros, casi la mitad de lo que percibirán los centros concertados católicos y la Iglesia juntos, aproximadamente tres mil millones de euros.

La licencia adjudicada al nuevo canal analógico de televisión de Prisa, que emite con la marca Cuatro, ha sido valorada en 1.261 millones de euros. El

cálculo se ha efectuado teniendo en cuenta que el valor de mercado de Cuatro es muy inferior todavía a la capitalización bursátil de otras cadenas, como Antena 3 y Tele 5.

Se han computado, además, otros conceptos como la publicidad institucional de la Administración central en *El País* y la Cadena SER, o el negocio de libros de texto de la editorial Santillana. Y todo ello se ha hecho en silencio, mientras la Iglesia es amenazada día tras día con el incumplimiento del concordato. Maneras que se asemejan más a las prácticas mafiosas que a la seguridad jurídica.

El Consejo de Europa condena los crímenes del comunismo

AUNQUE la prensa no lo ha destacado, el pasado 24 de enero el Consejo de Europa, formado por 46 representantes de parlamentos de países europeos han aprobado la petición del diputado conservador sueco Goran Lindblad de una condena internacional de los crímenes del comunismo, al tiempo que se definía esta ideología, del mismo modo que el nacionalsocialismo, como una ideología intrínsecamente criminal.

«Creo que la dictadura del proletariado sostenida por Karl Marx lleva en sí los gérmenes del terror y del exterminio», explicó Lindblad. «Mientras que otra ideología totalitaria del siglo xx, el nazismo, ha sido condenada internacionalmente y sus crímenes han sido juzgados, los crímenes análogos, realizados en nombre del comunismo, no han sido nunca objeto de juicio ni han sido condenados a nivel internacional».

En el momento de la votación los representantes del Partido Socialista Europeo pidieron la retirada de la propuesta, sin éxito, y después de un encendido debate la Asamblea aprobó la resolución de condena de los crímenes del comunismo. ¿Para cuándo algo similar en España?





DAVID AMADO

IGNACE DE LA POTTERIE

María en el misterio de la Alianza

Trad.: Bartolomé Parera Galmés

Madrid, BAC, 2005

Col.: Estudios y ensayos, 77

Se ha reeditado esta excelente obra del padre de La Potterie (muerto en 2003), y cuyo original francés data de 1988, coincidiendo con el Año Mariano propuesto por Juan Pablo II (1987), y en un momento en que algunos teólogos, también desde el campo católico, cuestionaban algunas verdades marianas, como la virginidad que, por cierto, ha formado parte desde siempre del depósito de la fe.

De La Potterie es un exegeta, pero con la singularidad de que no reduce su trabajo al campo de la filología ni de la moderna interpretación de los textos sino que acude a la voz de la Tradición a la hora de leer los textos sagrados. Del mismo modo acompaña el estudio riguroso de los textos con la atención a las aportaciones recientes y antiguas de la dogmática. Por todo ello su obra reviste un valor especial. Sus trabajos sobre el Evangelio de san Juan son conocidos y apreciados. Lo mismo hay que decir de este libro en el que el rigor de la investigación científica viene acompañado y precedido por una fe sincera. Así, la teología no se hace desde la fría razón sino, conforme corresponde a su método, tomando como principios los datos de la fe. Desde ahí, y sin faltar en nada a las técnicas propias de la exégesis, procede al análisis científico de los textos. Este modo de trabajar permite, como dice Jesús en el Evangelio, sacar cosas antiguas y nuevas.

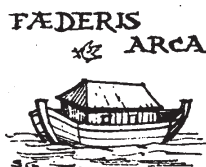
Es cierto que, al leer este libro uno puede tener la sensación de que el autor ha pretendido ser novedoso en todo. Creo, sin embargo, que más bien apunta a perspectivas a menudo relegadas y que él tiene el acierto de, con nuevos argumentos, volver a sacar a la luz. Así, por ejemplo, interpreta el prólogo de san Juan en referencia a la concepción y nacimiento virginal de Jesús. Esa exégesis se encontraba ya en Ireneo y en algunas versiones antiguas del texto

joaneo, si bien no en las más relevantes. Del mismo modo, se refiere a las bodas de Caná llamando la atención sobre el papel sponsal de Jesús y María. Nota que los novios no aparecen sino indirectamente y que el Evangelista, quizás, quería señalar esa especial relación de Cristo con su Iglesia.

Especialmente bonito es el capítulo dedicado a san José. Los textos de Mateo, constituyen junto con los de Lucas, como un díptico. Si Mateo se centra en la figura de José, Lucas lo hace en la de María. El autor señala aquí una interpretación, que san Bernardo dice forma parte de la gran tradición de los Padres, según la cual José conoció que el embarazo de María era obra del Espíritu Santo y, precisamente por ello, y por ser justo (es decir, santo ante Dios), decidió apartarse y no revelar a nadie el secreto. Interpretación bonita, sostenida con una explicación plausible de los términos griegos y su traducción nueva, que bien mirada resulta más convincente que las más comunes y que también cuenta con apoyos en la tradición (por ejemplo en el Crisóstomo). Frente a quienes señalaban que José se vio desbordado por un acontecimiento que le sobreviene de improviso, aquí se nos da una nueva forma de entender el modo de proceder de Dios y la respuesta humana. No se disminuye la figura de José sino que, bien al contrario, sale enaltecida.

Siendo un libro de teología está escrito con tal sencillez, sin faltar al rigor, que no es útil sólo para teólogos, sino también para sacerdotes y laicos quienes con poco esfuerzo verán enriquecidas sus perspectivas mariológicas y su vida espiritual. Es un libro en el que se aprende y al mismo tiempo se disfruta con su lectura a pesar de ser teología, y de la buena, bíblica.

Hemos señalado algunos aspectos importantes. Pero de su lectura se desprenden importantes lecciones también sobre María como «Hija de Sión» o figura de la Iglesia. Es uno de esos libros que, en cualquier biblioteca básica de Teología, vale la pena tener. Es teología al servicio de la fe, que es también cuando surge la mejor teología.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

La cristofobia de un mundo lleno de odio

Radici Cristiane es una nueva revista italiana que cumple ahora un año de vida. El editorial de su director, Roberto de Mattei, en el número del pasado mes de diciembre abordando la ola laicista que amenaza anegar Europa nos ha parecido especialmente valiente y acertada. Compartiendo plenamente su análisis, reproducimos a continuación el interesante análisis del profesor De Mattei:

Imaginemos que una manifestación de católicos se dirige a una mezquita o a una sinagoga y la pintarrajean con escritos ultrajantes para después orinar sobre los muros del templo. Tal acto de profanación habría sido estigmatizado desde las páginas de todos los periódicos y provocaría inmediatas tomas de posición políticas e interrogaciones parlamentarias, mientras la indignación contra el integrista católico alcanzaría niveles elevadísimos.

El episodio ocurrió el pasado 22 de octubre, pero el silencio fue general. El hecho es que los protagonistas no eran manifestantes católicos, sino antiglobalización, y el objeto del ultraje no era ni una mezquita ni una sinagoga sino una iglesia católica, la iglesia del Carmen de Turín. Del acto sacrílego no ha hablado en Italia ningún periódico, excepto *Il Tempo* de Roma, ni ningún político, con la excepción del presidente del Senado Marcelo Pera. «El silencio que se ha registrado sobre la profanación de la iglesia del Carmen de Turín es escandaloso» ha de-

clarado la segunda autoridad del Estado italiano durante una conferencia en Siena en la que hubo de padecer los gritos de los mismos anarquistas que, unos meses antes, en aquella misma ciudad, habían abucheado al cardenal Camillo Ruini.

Precisamente el presidente de la Conferencia Episcopal italiana fue objeto de una increíble agresión verbal durante una transmisión radiofónica en la que el locutor, un tal Mario Tosí, lo definió como «el más peligroso de los residuos tóxicos, a eliminar como sea». El mismo personaje añadió que el mejor periodo de la historia fue la España de la guerra civil, cuando los sacerdotes «eran perseguidos hasta las iglesias y crucificados en las cruces en el lugar de Jesucristo» («Il Giornale», 22 de septiembre de 2005).

Aún más escandalosa que estos episodios es la falta de indignación que los acompaña. Estos se encuadran en un mar de fondo europeo que en el espacio de un año ha visto el histórico rechazo al cristianismo en el Tratado constitucional europeo y la también histórica revocación de Rocco Buttiglione como comisario europeo de Justicia a causa de su posición católica en materia de homosexualidad.

En 2003 un estudioso norteamericano de religión judía, Joseph Weiler, definió como «cristofobia» la testarudez con que los jefes de Estado europeos se negaban a citar el cristianismo en el preámbulo de la nueva Constitución europea. Ahora, un brillante periodista francés, Michel de Jaeghere ha publicado una inves-

tigación sobre la cristofobia que revela toda la extensión del fenómeno.

El autor observa cómo lo que ocurre constituye un desmentido total de las tesis del historiador francés René Rémond según el cual el anticlericalismo radical desarrollado en los siglos XIX y XX habría sido «la respuesta a la rigidez del catolicismo intransigente, ultramontano, autoritario del Syllabus y del Vaticano I», una «reacción proporcionada a la intolerancia clerical».

La idea era que la Iglesia católica, aceptando con el Concilio Vaticano II un «armisticio» con el mundo moderno, habría desanimado la agresividad anticristiana. Pero no ha sido así. En los últimos cuarenta años y a pesar de la «apertura al mundo», el catolicismo ha desaparecido progresivamente, o mejor, ha sido excluido sistemáticamente de la escena política, social y cultural, mientras que la hostilidad a la Iglesia católica, a sus representantes y a su magisterio se ha ido haciendo cada vez más virulenta.

Si un best-seller blasfemo como *El Código da Vinci* acusa a la Iglesia de haber escondido la verdad sobre Jesucristo, que se habría casado y tenido descendencia con María Magdalena, otro libro que encabeza las listas de éxito, el *Tratado de ateología* de Michel Onfray, afirma que «ningún documento contemporáneo, ninguna prueba arqueológica permite concluir acerca de la realidad de la existencia histórica de Cristo» e invita a «una laicidad postcristiana, atea y militante». Lo ocurrido en España durante el último año del gobierno socialista

Zapatero transforma este laicismo militante en un proyecto político antitético a la gran perspectiva de recristianización de Europa a la que llama Benedicto XVI.

El Papa invita a los católicos a no reducir la religión a la esfera privada e individual, sino a dar testimonio valiente de Jesucristo, siguiendo el ejemplo de algunas figuras del siglo pasado como el obispo, recientemente beatificado, Clemens von Galen. La virtud del coraje y de la esperanza son necesarias en un momento en el que el cristianismo está vivo, como han demostrado los funerales de Juan Pablo II, pero en el que cuando intenta salir de las catacumbas para hacer oír públicamente su propia voz es intimidado y agredido.

Las palabras del Evangelio continúan resonando en la historia: «*si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí*» (Jn 15, 18). Jesucristo es aún piedra de contradicción en Europa y en el mundo. El odio contra el nombre cristiano exige que todo católico manifieste su amor a Cristo asumiendo su propia responsabilidad y luchando a cara descubierta contra el enemigo.

La liquidación de la civilización en Europa

Paul Belien es un periodista y escritor que vive en Bruselas. Fundador del «Centre for the New Europe» y editor en jefe del The Brussels Journal, es de las personas mejor informadas sobre lo que se cuece en el entorno europeo. Sus comentarios son sólidos y directos, virtudes ambas cada vez más difíciles de encontrar. Su análisis de la situación europea, por descarnado, no deja de ser menos cierto.

Los actuales problemas de Europa son totalmente autoinfligidos.

Sin embargo, esto no significa que el resultado sea menos catastrófico. Al subvertir las raíces de su propia cultura cristiana –proceso que empezó con la Ilustración francesa– se creó un vacío religioso y cultural en el corazón de la civilización europea. El colapso de la fe en todos sus valores nos ha llevado a un colapso demográfico que no sorprende a nadie porque una civilización que ya no cree en su propio futuro también rechaza la procreación. Hoy una nueva religión y cultura están suplantando a la anterior.

Los problemas de inmigración de Estados Unidos palidecen en comparación con los que Europa enfrenta. La mayoría de minorías étnicas en Estados Unidos –negros al igual que hispanos– son cristianos y la cultura dominante también está arraigada en el cristianismo. En Europa, la cultura laica postcristiana se enfrenta a la musulmana. La cultura laica es hedonista y sólo valora la vida presente porque no cree en la vida después de la muerte. Por eso se rendirá ante cualquier amenaza de muerte; porque esta vida es la única que tiene para perder. Por eso aceptará la sumisión sin pelear por su libertad. Nadie pelea para defender la bandera del hedonismo, ni siquiera los mismos hedonistas.

Uno también podría ponerlo en una manera ligeramente distinta: A Europa le falta lo que Estados Unidos todavía tiene, es decir lo que se conoce como «reservas conservadoras» o como lo explicó el sociólogo alemán Arnold Gehlen hace más de treinta años: «reservas de energía nacional y confianza en sí misma, elementalidad y generosidad, riqueza y potencial de todo tipo». Cada cierto tiempo viajo a Estados Unidos para recargar mis baterías y no soy el único europeo conservador que lo hace. De vez en cuando uno necesita respirar el aire de la libertad antes de sumergirse nueva-

mente en la agobiante atmósfera de Europa.

Las «reservas conservadoras» de Estados Unidos son mucho más fuertes que las de Europa porque Estados Unidos, a diferencia de Europa, ha permanecido ligada en mayor medida a sus raíces de valores cristianos tradicionales. No dudo que si estos valores siguen decayendo en Estados Unidos, la cultura americana se colapsará al igual que la cultura europea ya se ha colapsado. Sin embargo, Estados Unidos puede aprender de la inminente catástrofe europea y evitar un destino similar.

La vieja civilización europea –la pre laica o la pre postcristiana– perdurará en Estados Unidos. Si desaparece allí también, la humanidad volverá a sumirse en la oscuridad de una nueva época que ahora ya se está adueñando de Europa, la cuna de la civilización occidental.

Supongo que uno puede sentirse triste por todo esto, pero tristeza no es lo que yo siento. Uno puede sentir compasión por aquellos que mueren en accidentes, caen en las guerras o son asesinados (como la incontable cantidad de bebés sin nacer que desaparecen cada día) pero ¿puede uno compadecerse de aquellos que han matado su propio futuro por los placeres del presente? El aprieto en el que está Europa, repito, es totalmente autoinfligido. El islam no tiene la culpa. La tiene el laicismo.

La década venidera será testigo de la guerra entre los valores del islam y los «valores» laicos de la izquierda decadente, hedonista y post-marxista. Hemos visto los asesinatos de Pim Fortuyn y de Theo van Gogh, el preludio de una guerra civil francesa en noviembre pasado, el caso de las viñetas danesas. Es sólo el principio del principio. No me considero pesimista, simplemente realista. Es muy claro quién va a perder y de quién es la culpa.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

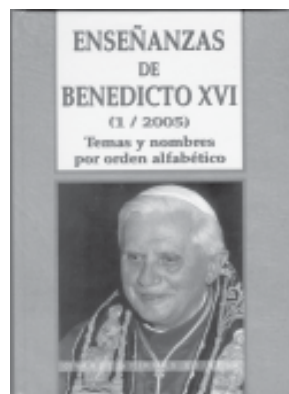


Tomás Moro

Autor: Paloma Castillo Martínez
Editorial San Pablo
304 páginas
19,00 e

En esta magistral obra el propio Tomás Moro hace un repaso de su vida, en primera persona, pocas horas antes de morir, acusado de traición por haberse opuesto al divorcio del rey. Con gran rigor e inteligencia la autora, especialista en la figura de Tomás Moro, recoge

las múltiples facetas que del personaje han presentado sus muchos biógrafos e investigadores.

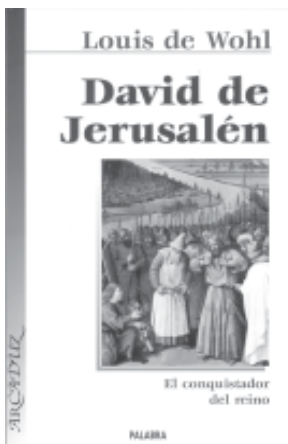


Enseñanzas de Benedicto XVI

Autor: VV. AA.
Editorial Edibesa
570 páginas
19,50 e

Enseñanzas de Benedicto XVI, el primero volumen de una serie «que irá recogiendo el magisterio de Su Santidad publicándolo con ritmo anual», en palabras del Nuncio de Su Santidad, monseñor Monteiro de Castro, que escribe el prólogo.

Alfa y Omega ofrece a sus lectores, por su evidente interés, en primicia editorial, lo que el libro dice sobre el Concilio y sobre España.



David de Jerusalén

Autor: Louis de Wohl
Editorial palabra
320 páginas
16,00 e

En las expertas manos de Louis de Wohl la historia de David revive con toda su fuerza y esplendor. Comienza cuando un desconocido joven es ungido por el profeta Samuel y continúa a través de sus años de servicio al rey Saúl, del esplendor de su propio y largo reinado y de la promesa eterna. Basada en el relato bíblico y en la

propia investigación histórica del autor novela respetando escrupulosamente su historicidad.



La primera Semana Santa

Autor: Cases, Enrique
Editorial Eunsa
216 páginas
8,00 e

¿Cómo fue la Primera Semana Santa? Antes de las explicaciones debemos observar los hechos día a día desde el domingo de Ramos hasta la Pascua de Resurrección. Este libro está escrito para mirar al Cristo en cada momento de la semana, desde que Pilatos nos lo muestra con las heridas de la flagelación y la corona de espinas hasta que derrama la última gota de su sangre. La consumación del sacrificio permitirá el nacimiento de la nueva Eva, que es la Iglesia, llamada para sembrar de amor el mundo entero.

CONTRAPORTADA

Renovar en Cuaresma nuestra opción por la vida

A nosotros la Cuaresma nos debe llevar a renovar nuestro conocimiento de Dios, nuestra amistad con Jesús, para poder así guiar a los demás de modo convincente a la opción por la vida, que es ante todo opción por Dios...

Decidles [a las madres] simplemente: el Papa os da las gracias. Os expresa su gratitud porque habéis dado la vida, porque queréis ayudar a esta vida que crece y así queréis construir un mundo humano, contribuyendo a un futuro humano. Y no lo hacéis sólo dando la vida biológica, sino también comunicando el centro de la vida, dando a conocer a Jesús, introduciendo a vuestros hijos en el conocimiento de Jesús, en la amistad con Jesús. Este es el fundamento de toda catequesis.

[...]

Esta propuesta de crear en los cinco sectores de la diócesis de Roma cinco lugares de Adoración perpetua la pongo con confianza en manos del cardenal Vicario. Sólo quisiera dar gracias a Dios, porque después del Concilio, después de un período en el que faltaba un poco el sentido de la adoración eucarística ha renacido la alegría de esta adoración en toda la Iglesia.

[...]

Creo que esta es una ocasión para expresar nuestra gratitud a todos los grandes papas del siglo pasado: el primero fue san Pío X; luego se sucedieron Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Me parece que se trata de un don especial en un siglo tan difícil, con dos guerras mundiales, con dos ideologías destructoras: fascismo-nazismo y comunismo. Precisamente en el siglo pasado, que se opuso a la fe de la Iglesia, el Señor nos dio una serie de grandes papas y, así, una herencia espiritual que confirmó –podría decir– históricamente la verdad del primado del sucesor de Pedro.

[...]

Debemos aceptar las novedades, pero también amar la continuidad y ver el Concilio desde esta perspectiva de la continuidad.

[...]

«Ser más sencillos.» Me parece un programa muy hermoso. Tatemos de ponerlo en práctica y así estaremos más abiertos al Señor y a la gente. ¡Muchas gracias!

BENEDICTO XVI: Encuentro con los sacerdotes y diáconos de la diócesis de Roma (2 de marzo de 2006)